



P. JOSÉ SPILLMANN,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA FIESTA DE CORPUS
DE LOS INDIOS DE CHIQUITOS

EPISODIO DE LAS ANTIGUAS MISIONES
DE AMÉRICA DEL SUR

SEGUNDA EDICIÓN

CON CUATRO GRABADOS

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA)

B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO
BERLÍN, ESTRANBURGO, KARLSRUNE, MUNICH, VIENA Y
SAN LUIS (AMÉR. SEPT.)

© Rolando Díez de Medina, 2016
La Paz-Bolivia

INDICE

Introducción
Don Pedro Gómez y su sobrino
En el Salto de las brujas (con grabado)
En casa del alcalde de Santa Cruz
El Padre Martín
La Oración de la tarde
El Caudillo Yago (con grabado)
Antes de la Misa
La Caza de colibríes (con grabado)
Los Chiriguanos
La víspera de la fiesta
La Procesión
Triste fin de fiesta (con grabado)



Espantóse el mulo de José y perdió tierra,
cayéndose al momento de cabeza en
el abismo.
(Chiquitos, pág. 11)

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Las narraciones que contiene nuestra colección se desenvuelven en país extranjero, y su objeto principal es describir los episodios de la vida militante de los misioneros católicos ó las vicisitudes á que se han visto expuestos los indígenas recién convertidos. Se consagra en ellas atención preferente á la pintura fiel del territorio y de las tradiciones y costumbres de los pueblos en cuyo seno se desarrollan los sucesos, siendo por lo tanto muy á propósito para comunicar á los jóvenes lectores no pocos conocimientos de geografía é historia. Otra utilidad mayor pueden producir todavía: la de ofrecer intuitivamente una lección moral determinada, por medio de ejemplos que promueven el espíritu de imitación. Finalmente, la circunstancia de ser los héroes de esas narraciones coetáneos de aquellos para quienes en primer término se han escrito, las ha de hacer sin duda doblemente simpáticas á nuestra juventud.

Damos pues á luz estas sencillas narraciones “Desde Lejanas Tierras”, ilustradas con nuevas y primorosas láminas, en la fundada esperanza de que han de regocijar é instruir á los jóvenes católicos, avivando á la par en sus corazones el afán por todo lo bueno. ¡Quiera el Señor derramar sobre ellas su santa bendición!

EL EDITOR

A.M.D.G.

LA actual República de Bolivia, en la América del Sur, formó parte del virreinato del Perú hasta el año de 1778, y fue gobernada en nombre del rey de España. En las cordilleras de su territorio se elevan grandes montañas formando la inmensa cadena que se extiende á lo largo de la costa occidental de la América del Sur. Algunas de estas montañas, como, por ejemplo, el Illimani, junto á la capital La Paz, aventajan en altura al Chimborazo, que durante largo tiempo ha sido tenida por la más alta cumbre del Nuevo Mundo. Los ricos tesoros de metales preciosos que se ocultan en las gargantas de estas montañas, determinaron á los españoles á establecerse en aquellas ásperas sierras, á 3.000 ó 4.000 metros sobre el nivel del mar. Sólo las minas de plata del Potosí, las más célebres del mundo, rindieron al tesoro de la corona de España, desde 1545 á 1802, por valor de 1.8000 millones de pesos.

Al oriente desciende la cordillera de Bolivia formando enormes desigualdades de terreno, donde las aguas se dividen, corriendo unas hacia el gigantesco Amazonas y otras hacia el río de La Plata. Impenetrables bosques tropicales, extensas praderas ó llanos y grandes pantanos impiden al viajero atravesar estas comarcas salvajes. Durante largo tiempo sirvieron estos bosques de refugio á las tribus indias de los Mojos y Chiquitos, y fueron muy contados los españoles que se aventuraron á penetrar en ellos. Los misioneros de la Compañía de Jesús fueron los primeros que, á costa de grandes penalidades y esfuerzos, lograron fundar en aquellos bosques vírgenes, frecuentados hasta entonces sólo por animales feroces y por sanguinarios salvajes, algunas aldeas cristianas, hasta que el odio del infierno logró destruir para siempre aquella obra de paz.

Aprovechando los datos y noticias que nos ofrecen las cartas de un venerable misionero¹, referimos una historia de los últimos tiempos de aquellas fundaciones, que, aunque acaba tristemente, no deja de ofrecer motivos de consuelo.

¹ El Padre Martín Schmid S. J., misionero en las Indias, en el siglo XVIII.

I.- Don Pedro Gómez y su sobrino

ERA el verano de 1767. Por el escarpado y peligroso sendero que bordea la cadena y montañas y que desciende hasta Santa Cruz, caminaba un grupo de españoles. Como unos cien caballeros, montados en mulos y bien armados, componían la expedición. Todos avanzaban silenciosamente por la vereda que había entre el muro de rocas y el abismo, la cual era tan estrecha que raras veces dejaba espacio para que dos caballeros se pudieran poner el uno junto al otro y entablar conversación.

“López, ¿no se hace pronto más practicable este camino que tú te atreves á llamar ‘camino real’?” preguntó al que hacía de guía un niño ya casi adolescente.

“Paciencia, señor”, le respondió el guía. “Pronto llegaremos al paso más peligros, pero apenas se prolonga doscientos pasos: luego es ya mejor el camino. Debemos aquí algún reposo á las bestias, para que lleguen descansadas al Salto de las brujas. No os asustéis, señor, al oír esta palabra. Es muy raro que alguna de las bestias tropiece y se caiga en el abismo. Su paso es muy firme, y antes de sentar el casco tantean si está sólidamente adherida al suelo la piedra donde van á pisar. No intentéis dirigir vuestra cabalgadura, ni le sujetéis la rienda aunque veáis que va por el mismo borde del precipicio. Los animales conocen que les va en ello la vida, y siguiendo su instinto eligen el camino más seguro. Pero guardaos de mirar al fondo si por ventura os mareáis, antes volved la cabeza hacia el muro de rocas.”

“Yo creía que habíamos pasado el Salto de las brujas, hace ya media hora, cuando el camino era tan estrecho que durante unos doce pasos ni estribo derecho rozaba siempre en la roca... ¡Tío, quiera Dios que nos veamos salvos en Santa Cruz!” Estas últimas palabras las dirigió el joven al jefe de la expedición, Don Pedro Gómez y Silva, que cabalgaba inmediatamente detrás de su sobrino. Aquél arqueó las cejas y dijo: “José, nunca hubiera creído que un Gómez y Silva sintiera miedo.”

La sangre se agolpó al rostro del joven, el cual contestó: “Si nos halláramos en alguna batalla nunca me verías cobarde. Pero ahora, la verdad, no quisiera morir despeñado, y en tal empresa.” Estas últimas palabras las pronunció en voz tan baja, que sólo su tío pudo oírlas.

“¡En tal empresa!” repitió Don Gómez á media voz lanzando á su sobrino una mirada colérica por bajo de su ancho sombrero. “¿Qué quieres decir con esto? ¿Acaso quieres significar que tu tío te conduce á una empresa indigna de un español noble?”

“Puede Ud. darle el nombre que le parezca... yo la tengo por digna de un verdugo.”

“¡José! Si te atreves á deprimir con semejante nombre una misión que tu tío ha aceptado, te despediré de mi lado. Podrás ir á Potosí á trabajar en las minas con los esclavos. Ya sabes que tu padre sólo ha dejado deudas.”

“Lo sé, pero es difícil poner de acuerdo este negocio con mi conciencia. Apenas puedo creer que los jesuitas hayan tramado en España alguna conspiración contra el rey. Esto lo habrá inventado el ministro Aranda para lanzarlos del país, apoderarse de sus bienes y hacer daño á nuestra santa Iglesia. Tengo oído que este Aranda está en connivencia con los más encarnizados enemigos de la Iglesia en Portugal y en Francia, y que se proponen abiertamente acabar con la fe católica. ¿Cree Ud., tío, que tiene algún fundamento esta acusación contra los Padres de la Compañía de Jesús?”

“Á mí me basta con que mi superior, Su Excelencia el virrey del Perú, me la haya mostrado como cierta é indudable. Los empleados inferiores deben limitarse á cumplir las órdenes de sus

superiores. La responsabilidad de estas órdenes, si por ventura son injustas, no les incumbe á ellos. Aunque el virrey no me hubiera dicho expresamente cuál es el fundamento de las órdenes que han venido de Madrid, nosotros deberíamos cumplirlas, como el mismo virrey las cumple. Así, no deber, pues, abrigar escrúpulo alguno de conciencia.”

“Pero aun suponiendo que los jesuitas de España sean efectivamente traidores, ¿qué se sigue de aquí contra los jesuitas del Perú? ¿Por qué han de ser por eso lanzados los misioneros de las misiones que han fundado en los bosques vírgenes?”

“Porque el rey los considera como cómplices, y porque así se expresa en las órdenes que han venido de Madrid: con esto basta. Por otra parte nunca hubiera yo creído que tomaras la defensa de los jesuitas, después de haberte ellos injuriado y avergonzado expulsándote del colegio de La Paz.”

José respondió disgustado: “Efectivamente, fui expulsado del colegio, y de buena gana les pagaría esta ofensa. Confieso que cierto sentimiento de venganza contribuye á facilitarme el cumplimiento de tu voluntad. Si tú me aseguras que es lícito obedecer esta orden del rey, aunque sea dudosa su justicia, obedeceré.”

2. En el Salto de las brujas

A Sí hablaron Don Gómez y su sobrino durante el breve descanso que se dio á los mulos en un lugar en que el camino ensanchaba algún tanto. López observó que ya era tiempo de volverá emprender la marcha, si habían de llegar á Santa Cruz antes del anochecer, y Don Gómez mandó montar á caballo. “López”, dijo, “¡Vos á la cabeza, é inmediatamente detrás mi sobrino y yo!”

“Sírvasse vuestra merced detenerse un momento”, dijo López. “Siempre que yo he pasado por este lugar, ha habido la costumbre de rezar un Padrenuestro y un Avemaría para que no se escurra ninguna bestia.”

Don José Gómez se descubrió al momento y rezó en voz alta; después se pusieron todos en movimiento. La vereda se estrechó cada vez más, y no tardaron en llegar al paso más peligroso. Por la derecha el muro de rocas se acercaba tanto al precipicio, que apenas quedaban dos pies de espacio al camino. Ninguna leve defensa ni siquiera un arbusto que diera apariencia de seguridad á la vista, se ofrecía á lo largo del amenazador abismo. Bastaba un paso en falso para que cayeran en el precipicio bestias y jinetes, perdiéndose sin remedio en la vertiginosa profundidad. Desde el fondo subía el espantoso mugido de un torrente, cuyas espumosas olas no se percibían desde la altura. Ni siquiera era llano y firme aquel estrecho camino, pues descendía en rápida pendiente, y por sitios estaba cubierto de tierra movediza, y muchas veces se inclinaba hacia el lado del abismo.

“¿Es éste el Salto de las brujas?” preguntó Don Gómez.

“No, llegaremos á él dentro de un par de minutos. Ahora estamos en la Vereda de las Brujas”, López.

“¡Dios nos asista! Creo que lo mejor sería que nos volviéramos al camino ancho de que tú me has hablado.”

“Por ese camino tardaríamos tres días en llegar á Santa Cruz. Además ¿cómo queréis que volvamos los mulos en este sitio? No hay más remedio que seguir adelante. Ánimo, pues. Rara vez se me ha caído aquí ningún mulo.”

“Apeémonos al menos y llevemos á los mulos de las riendas, dijo José.

“De ningún modo”, contestó el guía. “El paso de los mulos es más seguro que el de los hombres, y por otra parte no se marean. Teneos, pues, firmes y mirad á la derecha. Sólo en el momento en que vierais que el mulo se iba á caer, deberíais saltar rápidamente de la silla. Apoyad en el estribo sólo la punta del pie para que no os quedéis colgando de él.”

Con estas advertencias, no muy tranquilizadoras por cierto, siguió López adelante, y todos los demás en pos de él. La garganta del valle se estrechaba tanto, que las rocas del lado opuesto apenas un par brazas. Sobre ellas se precipitaba rugiendo un salto de agua que se perdía en el obscuro abismo. Sus ondas chocando contra las asperezas de las rocas se convertían en finísimo polvo y humedecían el sendero que allí precisamente se revolvía por debajo de un peñasco amenazador, y luego formaba una escabrosa escalera de desiguales peldaños.

“Éste es el Salto de las brujas, dijo López. “Veréis que fácilmente lo pasamos.” Mientras todos los demás se detenían un momento, el guía siguió, é inclinándose atravesó felizmente por debajo del peñasco y bajó la escalera. Era de admirar la seguridad con que el mulo plantaba el casco en la húmeda roca y se afirmaba en ella. Don Gómez le siguió pálido de angustia. En aquel momento en que veía la muerte cara á cara, surgió en su mente la duda de si sería lícito cooperar á la destrucción de las misiones, y aun llegó á decirse á sí mismo las mismas palabras que antes

había pronunciado su sobrino: que no querría morir en semejante empresa. Pero Don Gómez era muy cortésano, y estaba demasiado acostumbrado á someterse al juicio del virrey para concebir el propósito de desistir del cumplimiento del real mandato, mayormente cuando de la ejecución se le seguía gran utilidad. Así dominó el movimiento de protesta de su conciencia, apartó la vista del abismo y procuró atravesar aquel peligroso lugar, murmurando las palabras de una casi olvidada oración.

No fue tan fácil á su sobrino acallar la voz de la conciencia. Ya antes, mientras el camino iba por el borde del precipicio, se había encomendado á la Madre de Dios y á su ángel custodio, pidiéndole amparo y protección. “Pero ¿eres por ventura digno de semejante gracia?” se preguntaba á sí mismo al llegar al sitio en que el rugiente salto de agua e humedecía con sus nubes de polvo. Entonces le afligió el recuerdo de su orgullo y desobediencia que habían sido la causa de su expulsión del colegio. Delante de sí veía como si realmente estuviera presente, al anciano Padre Prefecto que al despedirlo le decía: “José, mira, hijo mío, no vayan á ser tu perdición, tu terquedad, tu orgullo y tu dureza de juicio.” Entonces en su cólera infantil, había jurado vengarse de los jesuitas, creyendo que sus maestros cometían contra él una injusticia que clamaba al cielo. Y ahora estaba á punto de llevar á cabo sus propósitos de venganza. ¿Qué sería de su alma si el casco del mulo se deslizara en el aquel amenazador abismo?

El espíritu de fe era todavía muy vivo en el alma del joven para que el temor de Dios no venciera á su infantil sentimiento de cólera. Así, pues, concibió en su corazón un verdadero arrepentimiento junto con el propósito de confesarse en la primera ocasión. Luego se encomendó fervorosamente á su ángel custodio y á la Madre de Dios y ofreció llevar un grueso cirio á la imagen de la capilla de la congregación en La Paz. También recurrió á su santo patrono, el patriarca San José, en demanda de auxilio y amparo, y de este modo se sintió mucho más tranquilo cuando atravesaron el lugar más peligroso, en que el salto de agua se precipitaba enfrente del sendero que se deslizaba por debajo del peñasco. Ésta fue su fortuna, pues en aquel momento ocurrió un accidente que puso en peligro á toda la caravana.

Precisamente en el momento en que Don Gómez se encorbaba sobre la silla para pasar por debajo del peñasco suspendido sobre el camino, vino rodando bajo el casco de su caballería una piedra, desprendida probablemente del camino por el mulo de López que iba delante, y el mulo cayó al suelo. Espantóse entonces el mulo de José y perdió tierra, cayéndose al momento de cabeza en el abismo. José nunca llegó á saber cómo había podido saltar de la silla tan rápidamente como saltó. Casi sin daño alguno se encontró al borde de la roca, en peligro de ser atropellado por las otras bestias, que no obedecían al freno. De todos los labios salió un grito de mortal angustia que dominó el estruendo del torrente. “¡Santa María, socórrenos!” suspiró el joven temblando, pegado al muro de rocas. Á su vista se cayeron al abismo otros dos mulos. Por fin lograron los jinetes tranquilizar á las demás cabalgaduras, y después de algunos minutos de turbación quedó restablecido felizmente el orden.

Don Gómez entre tanto se había repuesto algo de su espanto, y logró impedir que se despeñara el mulo que montaba. Claro es que no había que pensar en montar á caballo, pues apenas era posible andar á pie en postura natural; así se fue arrastrando, temblando de pies a cabeza, sobre los húmedos guijarros y bajo la escalera naturalmente formada en las rocas, llevando de la rienda al mulo. José siguió el ejemplo de su tío. Casi todos los soldados se habían apeado igualmente y pasaban á gatas el Salto de las brujas. Por fortuna á pocos pasos más allá desapareció el peligro, pues el camino al fin de la escalera se torcía á la derecha alrededor de una roca y se apartaba del abismo.

Un magnífico bosque de palmeras, helechos gigantes y otros copudos árboles, de cuyas ramas y troncos pendían floridas enredaderas, recibió entre sus sombras á los viajeros. Pero el recuerdo de la pasada angustia no dejó á José gozar de la indescriptible hermosura de aquel mundo de plantas de los magníficos bosques tropicales que por vez primera contemplaba. Allá arriba, en el elevado valle de La Paz, sólo crecían miserables árboles, y durante el camino, mientras había descendido por la cordillera oriental, sólo le habían acompañado olorosos y tupidos

arbustos espinosos. Ya no se hallaban lejos del pie de la montaña, y el calor de los trópicos subía desde la próxima llanura y cubría los profundos flancos de la sierra con la vistosa vestidura de un mundo de árboles y flores.

Pero en aquella ocasión nadie tenía ojos para contemplar tales maravillas. Pálidos de espanto se detuvieron todos sin atreverse apenas á preguntar cuántos de sus compañeros se habían despeñado en el abismo. Cuando el último de los jinetes hubo entrado en el bosque, Don Gómez los llamó á todos y les pasó lista. Entonces se vió que ninguno había perecido.

“¡Es posible!” exclamó Don Gómez. “Yo daba por perdidos lo menos á media docena de hombres. El par de mulos que se han despeñado fácil es reponerlo. ¡Adelante! En Santa Cruz nos indemnizaremos del mal rato que hemos pasado.”

Don Gómez iba junto á su sobrino algunos pasos delante del resto de los jinetes. “Parece que tienes miedo”, le dijo en tono de broma.

“Sí tío, por toda la plata del Potosí no quisiera ahora estar ante el tribunal de Dios. Debo la salvación á la Madre de Dios, y declaro que he hecho voto de desistir de toda venganza.”

“Pero tomarás parte en la expedición, porque el rey lo manda. Sólo necesitamos de ti para que desempeñes un oficio, que te diré cuando se haya tranquilizado tu infantil conciencia.”

“¡El oficio de espía!”

“El de custodiar los tesoros de estos misioneros que han sido declarado bienes de la corona. En medida muy prudente de nuestro virrey formar juicio acerca de la importancia de las propiedades de estos religiosos antes de cumplir la orden del rey de quitarles la dirección de las misiones. El rey nos asegura abundante recompensa por nuestro fiel servicio. Tu tío necesitará unos dos mil pesos con que abonar los pagarés que ha firmado para atender á los gastos de tu educación. Abre pues, los ojos y procura no sólo averiguar las riquezas de los Padres sino la fuente de ellas. Estoy seguro de que poseen yacimientos de oro.”

“Los yacimientos de oro son en efecto propiedad del rey”, respondió José. “Sin embargo, desearía que dieras á otro este encargo. ¿Por qué no envías al astuto López?”

“Sin duda es López más astuto que tú”, respondió Don Gómez. “Pero ¿no conoces que los misioneros se recatarían de él, mientras que de ti nada sospecharán? Tan pronto como tú hayas averiguado la cuantía de sus bienes, yo les notificaré la orden del rey. El diezmo de los bienes confiscados y además una buena parte de las pepitas de oro, me lo ha prometido el virrey. En tu mano está, pues, el restaurar el antiguo esplendor de tu familia. Si el éxito corresponde á mis cálculos, podremos reedificar el castillo de nuestros antepasados á orillas del Ebro.”

“Ésa sería la realización de mis dorados sueños”, contestó el joven, en cuyos ojos brillaba la alegría.

“Esto merece cualquier sacrificio, aunque el modo de conseguirlo no me sea grato. Yo preferiría lograrlo más bien con un acto de valor que no por este medio.”

“El valor era muy apreciado de nuestros nobles antepasados, hoy día vale más la prudencia... Pero el bosque es cada vez más claro; ya no tardaremos en llegar á Santa Cruz.”

3.- En casa del alcalde de Santa Cruz

SANTA Cruz de la Sierra era á la sazón una ciudad de 20.000 habitantes. Rodeada de un círculo de ricas plantaciones de azúcar y café, estaba situada en parte sobre la llanura y en parte en las últimas estribaciones del Cochabamba. Más bien parecía una gran aldea que una ciudad propiamente dicha, pues sus ligeras construcciones con sus amplias galerías exteriores cubiertas de follaje, formaban pocas calle y se ocultaban entre los árboles de sus hermosos jardines. Sólo la plaza principal, uno de cuyos lados llenaba la amplia fachada de la catedral, mientras que en el otro se veía el gran edificio del colegio de jesuitas, parecía propia de una ciudad, á lo que contribuían también la casa del alcalde, la del gobierno y un cuartel, edificios que cerraban los otros dos lados de la plaza.

Cuando los soldados que acompañaban á Don Gómez entraron en la plaza, las campanas de la catedral tocaban el Ángelus. Las personas que en ella había se arrodillaron y saludaron á la Santísima Virgen con las palabras del ángel. También Gómez y sus compañeros se quitaron el ancho sombrero y rezaron las Avemarías. Luego entraron en el cuartel donde López los alojó después de haber hablado Gómez algunas palabras con el oficial de guardia. El que dirigía la expedición se apeó delante de la casa del alcalde y le entregó la carta de recomendación del virrey. El alcalde de Santa Cruz los recibió muy amistosamente tan pronto como leyó la carta del virrey.

“Don Pedro”, le dijo, “Ud. se hospedará en mi casa. Disponga Ud. de mi persona, de mi fortuna y de la escasa fuerza militar que está á las órdenes del alcalde. Por desgracia no pasan de doscientos hombres, pero bastan para defendernos de los Chiriguanos. De los Mojos y de los Chiquitos nada tenemos que temer desde que los convirtieron los Padres de la Compañía de Jesús... ¿Ha recibido Ud. acaso de Su Alteza el virrey alguna comisión contra los misioneros? Así se murmura por todas partes.”

“Traigo el encargo de organizar una expedición contra los Chiriguanos”, respondió Gómez reservadamente. ¿No será posible obtener de los misioneros que contribuyan con un par de miles de hombres de Chiquitos auxiliares?”

“Los misioneros no accederán á esto, pues aseguran, y no sin razón, que eso sería la ruina de las comunidades de cristianos fundadas á costa de tan grandes esfuerzos. Tampoco están propicios á facilitarnos indios que trabajen en nuestras plantaciones, y mucho menos á permitir que vayan á las minas del rey en Potosí”, respondió el alcalde.

“Entonces, ¿de qué sirve al rey y á sus fieles súbditos la conversión de esos indios?”

“Ésta es la opinión de muchos personajes de Santa Cruz, Don Pedro. Sin duda sería de desear que los misioneros nos procuraran alguna ventaja de la conversión de estos indios. Ni siquiera permiten á los comerciantes tratar con ellos. Sobre este punto han sido elevadas diferentes quejas al rey, pero hasta ahora no han sido revocados los privilegios que nuestros reyes concedieron á los mensajeros de la fe.”

“Esto no puede seguir así, querido alcalde”, observó decididamente Don Pedro. “Los indios Mojos y Chiquitos trabajarán en las plantaciones de Santa Cruz y en las minas de Potosí; y desde luego nos ayudarán contra los Chiriguanos. ¿De cuántos hombres podrán disponer los Chiquitos?”

“Por los menos dispondrán de 5.000 á 6.000 hombres bien armados”, respondió el alcalde.

“¿Tantos? Entonces los misioneros podrían oponerse á las órdenes del rey.”

“Sin duda ninguna. Podrían sin gran esfuerzo apoderarse de Santa Cruz de todas estas cordilleras y formar, con las florecientes misiones del Paraguay y del Paraná, un Estado independiente de indios. Un par de cientos de hombres bastarían para cerrar á las tropas del rey los pasos de la montaña, y ¿cómo se llegaría é ellos desde el otro lado teniendo que atravesar miles de leguas de bosques impenetrables y de intransitables pantanos? Pero no hay que temer la rebelión. Los jesuitas son súbditos fieles, y los indios no levantarán la mano contra nosotros mientras permanezcan bajo la obediencia de los misioneros á quienes veneran como á sus propios padres.”

“Pero ¿y si el rey les quita estos misioneros?” preguntó Don Gómez observando al alcalde. “Claro es que enviaría otros sacerdotes que reemplazarían á los jesuitas.”

“En este caso yo no respondo de lo que pueda ocurrir”, dijo gravemente el alcalde. “Los jesuitas obedecerían; pero ¿y si se rebelaran los indios? Temo que sobrevendría una guerra sangrienta, y las primeras víctimas de semejante orden seríamos nosotros aquí en Santa Cruz. ¿Quién nos defendería contra la cólera de estos indios?... ¿Es Ud. acaso portador de semejante orden?” preguntó palideciendo el alcalde.

“Tranquilícese Ud. Sólo me propongo organizar una expedición contra los Chiriguanos. Los prisioneros serán enviados á Potosí y algunos á trabajar en estas plantaciones. Dénos Ud. un guía que nos conduzca á la aldea más próxima de la misión de los Chiquitos, pues estoy decidido á exigir en nombre del rey el auxilio de estos indios. ¡Ay de los misioneros si resisten á la orden del rey!”

“Después que Ud. descanse en mi casa de su laborioso viaje á caballo á través de las cordilleras, mañana le acompañaré yo mismo. La aldea más próxima de los Chiquitos dista cincuenta leguas que hay que andar atravesando bosques vírgenes. Yo nunca he estado en las misiones, pero los Padres del colegio nos facilitarán un guía de confianza.”

“Espero que estos señores no opongan ninguna dificultad. Con este mismo objeto ha enviado al colegio á mi sobrino, y ya me está llamando la atención que no hay vuelto. Pero ya lo veo venir.” Don Pedro presentó su sobrino al alcalde y preguntó: “¿Qué hay José? ¿Se niegan los Padres á facilitar un guía al mensajero del rey?”

“No, tío. Se han mostrado muy propicios. Pero ruegan que no nos acompañen los soldados, pues turbarían la fiesta que están preparando los indios.”

“¿Qué fiesta es ésa?” preguntó Gómez.

“La fiesta del *Corpus Christi*.”

“Sí, con gran procesión”, añadió el alcalde. “Yo deseo verla. Será sin duda magnífica. Lo dicho: os acompaño; no hay más que hablar. Para mí es una gran honra ver con Uds. La fiesta del Corpus celebrada por los Chiquitos.”

4.- El Padre Martín

LAS aldeas de los indios Chiquitos están situadas á unos 400 kilómetros al este de Santa Cruz. Cada una de estas aldeas estaba separada de las demás por algunas leguas de bosques y colinas, pero se comunicaban entre sí por buenas veredas, mientras que entre las misiones y las codilleras se extendían, los bosques vírgenes en una extensión de muchos días de camino. Sin el indio que los Padres habían puesto á disposición del alcalde de Santa Cruz y de Don Pedro y su sobrino, casi habría sido imposible á los españoles dar con las aldeas de los Chiquitos.

Ahora estaba á su vista la primera aldea de los indios, iluminada por los rayos del sol poniente, en un valle circular rodeado de alturas que coronaba el magnífico bosque.

“Éste es San José”, dijo el guía mostrándoles la iglesia y el grupo de cabañas que se destacaban de un bosque de árboles frutales.

“En mi vida ha visto”, exclamó Don Pedro, “aldea de tan agradable aspecto.”

“¡Qué bien situada está! El valle es amplio y parece extraordinariamente feraz. ¡Verdaderamente feliz ha sido la elección de los misioneros!” observó el alcalde.

“Cuando yo era niño no ofrecía tan hermoso aspecto este sitio”, dijo el indio. “Todo el terreno estaba cubierto de malezas y las orillas del arroyo eran pantanosas. Pero nuestros buenos padres desmontaron la espesura y dieron curso á las aguas ó las derramaron por las praderas. Mucho tuvimos nosotros que trabajar, pero si no hubiera sido por ellos este pueblo no existiría y tendríamos que vivir en cavernas como las fieras del bosque. Nos han enseñado á cultivar las praderas donde pastan los ganados, á sembrar campos de maíz que nos ofrecen gustoso pan, á plantar árboles frutales cuyo frutos no maduran en los bosques incultos, y nos han edificado hermosas y cómodas habitaciones y magníficas iglesias, casi tan hermosas como las de Santa Cruz. Cuando veáis la de San Francisco Javier, de Santa Ignacio y San Miguel, que está allí arriba al otro lado de esa colina, no podréis menos de maravillaros.” El taciturno indio se tornaba elocuente para publicar las alabanzas de los misioneros.

La reducida caravana se apeó en el valle, y no tardó en llegar á las bien cultivadas plantaciones donde trabajaban en aquel momento muchos de los indios. Éstos parecían mirar á los españoles más bien con temor que con alegría; pero cuando el guía, á quien ellos reconocieron como á uno de sus compañeros, les dijo que los recién llegados eran huéspedes del misionero, algunos de los indígenas se adelantaron apresuradamente para anunciarle la llegada de los viajeros. Un joven indio, como un año menor que José Gómez, les ofreció dulces frutos, maduros por el sol de los trópicos.

“Tomad, señores, estos limones, ananas y papayas”, les dijo en mal español. “Son del huerto del buen Padre Martín y están muy dulces. Toma, joven señor, esta naranja que yo he cogido con sus permiso.”

José Gómez miró á su tío, y como éste le hiciera señal de que respondiera amistosamente al joven indio, aceptó los preciosos frutos dándole las gracias, y le preguntó: “¿Cómo te llamas, hermano rojo?”

“¿Hermano?” dijo el niño y comparó con una mirada su miserable vestido con el rico del joven español, pues como todos sus compañeros estaba vestido con una especie de camisa de frágil tela azul, tejida de algodón, sin mangas, que le llegaba hasta la rodilla, mientras que el español vestía un jubón de terciopelo con doradas franjas, anchos calzones y botas de montar con grandes espuelas que llamaban la atención. “¿Hermano?” repetía. “Pero sí, ya lo comprendo. El

Padre ha dicho que todos los hombres somos hermanos, lo mismo los rojos que los blancos, porque todos tenemos el mismo Padre que está en el cielo... Tu hermano rojo se llama Ignacio y se alegrará mucho poder servirte como criado." Y un rayo de alegría brilló en los oscuros ojos del joven que se tenía por muy honrado con las amistosas palabras de aquel joven distinguido.

"Llévanos, pues, á la habitación del misionero, Ignacio", dijo Don Pedro Gómez; y los españoles siguieron al paso de sus caballos al niño que les precedía saltando alegremente. Los viajeros admiraban las cómodas habitaciones que, rodeadas de hermosos jardines, había á derecha é izquierda. Tan limpias y bien ordenadas no estaban las aldeas de los colonos españoles. Pronto llegaron á la gran plaza, en cuyo centro había una elevada cruz, ante la cual oraba un numeroso grupo de indios, que apenas se movieron cuando vieron venir á los españoles. Éstos se quitaron el sombrero, y atravesaron despacio la plaza, deteniéndose delante la casa del misionero, á quien ya había sido anunciada la visita.

Entonces se presentó un venerable anciano, de elevada estatura, apenas encorvado por el peso de los años y de los trabajos bajo el sol de los trópicos. La visita de los españoles á las misiones no era por cierto deseada de los misioneros, pues rara vez les llevaban cosa buena. Sin embargo, el Padre salió al encuentro de los viajeros muy amistosamente, y cuando hubo reconocido al alcalde de Santa Cruz, saludó al empleado del rey según correspondía á su dignidad, pues sabido es que los españoles dan mucha importancia á las formas corteses.

"¡Ah! El célebre y santo Padre Schmid", dijo el alcalde. "Me alegro de encontraros aquí. He deseado durante largo tiempo ver las maravillas de vuestra arquitectura, y oír los instrumentos de música que tan artísticamente habéis sabido concertar. Pero antes permitidme que os presente al muy noble Don Pedro Gómez y Silva, y á su sobrino Don José, joven de grandes esperanzas. Á él, como enviado extraordinario de Su Alteza nuestro ilustre virrey, corresponde el saludo con que como alcalde de Santa Cruz me habéis honrado. Á Ud., Don Pedro, le presento al más célebre de todos los misioneros de los Chiquitos, al Padre Martín Schmid, de cuya habilidad y santidad se refieren, y con razón, cosas extraordinarias."

Don Pedro, que entre tanto se había apeado, no se quedó atrás en punto á cortesías y cumplimientos. Excusado es decir la poca impresión que todas aquellas frases hicieron en el misionero. "¡Un enviado extraordinario del virrey! ¿Qué significará esto? ¿Habrá llegado el momento del gran sacrificio que hace tiempo me viene anunciando una voz interior? ¡Cúmplase la voluntad de Dios!"

Así decía orando en lo interior de su corazón el Padre Schmid, mientras conducía á los viajeros á la galería exterior de la casa electoral y les invitaba á sentarse a la mesa. Á su voz acudieron algunos indios que se hicieron cargo de los caballos, y él mismo ofreció sus huéspedes pan y frutas, y para obsequiarlos, salió por una botella de vino, que los misioneros sólo usaban para la Misa. Don Pedro admiró las copas artísticamente labradas de dura madera de encina.

"¿Son obra de vuestras manos?" preguntó al sacerdote.

"Es necesario saber valerse", respondió éste sonriéndose. "Los vasos que nos vienen de Europa son muy caros y además se rompen fácilmente. Así he tenido que hacer en mi torno los vasos más necesarios."

"Pero la plata de Potosí no es tan cara en nuestro país", repuso el alcalde. "Voy á tomarme la libertad de enviarnos una docena de vasos de plata."

"Como servicio de mesa es ése mucho lujo para nuestra pobre misión, mas como cálices para celebrar la santa Misa, acepto su regalo con alegría."

“¡Vuestra pobre misión!” exclamó Don Pedro Gómez en tono de incredulidad. “He oído hablar al virrey de un modo muy diferente. ¿Cuánto tiempo hace que trabajáis en estos apartados dominios de Su Majestad nuestro rey?”

“Treinta y siete años”

“¡Treinta y siete años! Entonces y habréis formado juicio acerca de las riquezas de la misión; pero quizás tengáis vuestros motivos para no dar á todo el mundo en vuestras palabras un vino tan puro como el que nos habréis ofrecido en estas copas de madera”, dijo el español con sonrisa de burla. “No tratéis de disculparos; de todo me hago cargo, querido Padre... ¿cuál es vuestro digno nombre?”

“Schmid.”

“Este nombre no es español. ¿Vos no sois español?”

“Soy suizo, como otros muchos suizos y alemanes que trabajan aquí en las misiones de la América del Sur por la conversión de los indios.”

“Yo creía que sólo los españoles tendrían acceso en los dominios de Su Majestad nuestro rey. ¿No es verdad, alcalde?”

“Siempre ha habido muchos extranjeros entre los misioneros de la Compañía de Jesús, porque es tan inmenso el imperio de Su Majestad, que los jesuitas españoles no bastan. Así, el fundador de toda la misión entre los Chiquitos fue un paisano de nuestro reverendo Padre. Llamábase José de Arx, hombre santo y muy notable, un Orfeo espiritual, que con el encanto de su música atraía á los salvajes de los bosques, y los reunía en torno suyo y los hacía establecerse en estas aldeas. Á estos extranjeros se concedieron los derechos de ciudadanos españoles. Antes tomaban nombres españoles, mas ahora no hay tanto rigor en esto.” Así habló circunstanciadamente el alcalde.

“Por esta razón encontramos aquí á un misionero con el nombre extranjero de Schmid, de la remota Suiza. País áspero y montañoso, con oscuros valles donde abundan los osos y los lobos, ¿no es así?” preguntó Don Pedro Gómez.

“Es cierto que hay en él valles sombríos y agrestes montañas. Pero, de osos y lobos nunca he oído hablar en la parte de Suiza que es mi patria. Baar, donde yo nací, parece un jardín de magníficos árboles frutales. Allí se apacentan en las substanciosas pradera centenares de hermosísimas vacas, ricas en leche. Las altas montañas sólo se ven á los lejos al otro lado de un admirable lago, y es muy hermoso el contemplarlas chispeantes como oro fundido á los rayos del sol de la mañana ó á la caída de la tarde.” Los ojos del anciano misionero brillaban con entusiasmo casi juvenil al acordarse de su lejana patria.

Viendo Don Pedro aquel entusiasmo le dijo: “Sin duda os alegraríais mucho de poder pasar los últimos días de vuestra vida en aquellos hermosos lugares.”

“Sería el cáliz más amargo que podría yo beber, y pido á Dios que lo aparte de mí, el tener que dejar á mis amados indios”, respondió el anciano con lágrimas en los ojos. “En estos parajes donde tanto ha trabajado, quisiera yo descansar en medio de mis hijos, y espero que á cambio de aquella hermosa patria que por amor de Dios dejé, Dios me dá otra patria mucho más hermosa en el cielo.”

El buen alcalde de Santa Cruz, conmovido al oír al misionero, le estrechó la mano entre las suyas. Aun el frío y orgulloso Don Pedro pareció algún tanto impresionado. El concepto que se había formado los misioneros era muy diferente de los que en realidad veía en aquel venerable

anciano, en cuyos ojos se leía que no eran motivos humanos los que le habían inducido á pasar la vida en aquellos bosques.

Mientras que así departían estos personajes en la galería exterior de la casa del misionero, el niño indio había hecho señal al joven español de que quería enseñarle alguna cosa. “Ven”, le dijo, “y verás nuestros pájaros.”

Con mucho gusto siguió José Gómez al joven indio, pues le cansaba oír la conversación solemne y minuciosa del alcalde, y más todavía el ver el ceño adusto de su tío. Sin ser visto se deslizó con su compañero de su misma edad desde la galería á la casa, y sin detenerse allí entró en un construcción abierta que había detrás de ella. ¡Cuál fué su admiración al ver toda una colección de los más hermosos y vistosos pájaros de los trópicos! En innumerables jaulas, grandes y pequeños, había una multitud de papagayos de las más diferentes clases, rojos, amarillos, anaranjados, cenicientos, azules, verdes, blancos como la nieve con rayas de color de rosa y franjas negras y de todos los colores imaginable. También ostentaban su magnífico plumaje tragónidas de larga y vistosa cola.

¡Qué confusión, qué picotear y revolotear cuando la turba alada vió á Ignacio que era quien solía darles de comer! Éste les dio nueces y otros frutos y enseñó á José cómo les debía dar de comer para que ellos no le lastimaran con sus agudos picos, pues “bajo estos variados plumajes hay pájaros muy astutos cuyos picotazos son muy dolorosos. ¿Cuál de ellos te gusta más?”

La elección era difícil; así pasaron algunos momentos antes de que el joven español concediera la palma de la belleza á un magnífico arará de azul y amarillo plumaje. “Muy hermoso es, pero á mí me gusta más aquél de color de fuego con la cola verde y las alas cenicientas.”

Luego llevó á José á la jaula de los tucanes, cuyo gigantesco pico y abigarrado plumaje excitaron la admiración del joven español, pues allá arriba en las elevadas llanuras de las cordilleras donde él había vivido, no se dan estos habitantes de los bosques tropicales. También eran desconocidas para él la mayor parte de las variedades de palomas de los bosques, á cual más hermosas y graciosas. No menos le llamó la atención el Martín pescador con su ceñidor, de magníficos colores. Pero cuando llegó á la jaula de los colibrís no acababa de admirarse y asombrarse. Estos diminutos y admirables pajarillos revoloteaban, semejantes á piedras preciosas animadas, entre los alambres de su jaula en torno de las brillantes flores que el indio les ponía todos los días en sus prisión. El joven admiró unas cincuenta clases diferentes, sin saber cuál era la más hermosa.

“¡Éste que hay ahí azul celeste con reflejos metálicos es el más lindo!” exclamó; pero luego repuso: “no, el verde con puntos dorados”, ó “el rojo con alas de obscuro azul”, ó “el amarillo y plateado” ó “aquel rojo con negra caperuza”, ó “el que se ve allí con largas alas”. ¡Qué hermosura! Me los llevaré todos cuando... pero de esto no hay que hablar. ¿Y qué hacéis con tanto pájaro? ¿Los venderá el Padre muy caros en Buenos Aires?”

El niño indio que nunca había oído hablar de dinero, no entendió la pregunta del español; pero en sus ojos leyó cómo le había gustado el verlos. Le preguntó si quería ir de caza con él al día siguiente, pues faltaban muchas especies muy hermosas que debían servir de adorno en la procesión del día del *Corpus*.

“Dentro de una semana es la gran fiesta”, dijo Ignacio, “y llevaremos á través de la aldea á nuestro buen Dios que ha criado todos estos animales. Toda la creación debe mostrarle su gratitud y admiración, nos ha dicho el Padre. Las mujeres tejen guirnalda de flores y frutos, los jóvenes cogemos pájaros, y nuestros guerreros dan caza á las fieras de los bosques. Mi padre ha cogido ya un puma y mi primo Carlos un jaguar. Mañana, si quieres, te los enseñaré y también el pecarí y otros muchos animales feroces.”

José quería ir en aquel momento con el niño indio á las cuevas donde estaban encerrados aquellos animales, pero sonó la campana que invitaba á la oración de la tarde, y al punto dijo Ignacio que tenía que ir á la iglesia. El joven español le acompañó de muy buen grado.

5.- La oración de la tarde

YA iba Don Pedro Gómez á hablar de la expedición contra los Chiriguano, cuando se oyó el toque de Avemarías, y la plaza se llenó de indios que acudían á la iglesia. “Ahora vamos á rezar todos el rosario, como todas las tardes. Os ruego que me permitáis ausentarme durante una media hora”, dijo el Padre Schmid.

Los dos españoles acompañaron al Padre á la iglesia. ¡Cuál fué su admiración al ver, en medio del bosque, aquella iglesia tan magnífica! Una doble fila de esbeltas columnas con sus capiteles bellamente tallados y dorados dividían en tres naves el amplio recinto. Los muros estaban adornados con medias columnas entre las altas ventanas y con pinturas de colores vivos según el gusto de los indios. Sobre el pórtico estaba la tribuna para los músicos y cantores. Con no menor admiración oyeron los españoles detrás de las adornadas rejas acordar violines y otros instrumentos de música. Pero lo que más les llamó la atención fué el altar mayor, hábilmente tallado y dorado, con muy buenas pinturas, que ocupaba todo el muro posterior del coro. Las columnas salomónicas estaban adornadas con guirnaldas de frutos. En el centro del altar se veía la imagen del patrono de la iglesia, San José, con el Divino Niño y la Santísima Virgen en el taller de Nazaret, y en lo alto del altar “el ojo de Dios”, miraba á los fieles desde el centro de un haz de dorados rayos.

“La iglesia y el altar serían un buen ornamento digno de nuestra capital”, dijo Don Pedro á su compañero.

“Pues, á excepción de las pinturas al óleo, que han venido de Europa, todo es obra de este anciano sacerdote”, respondió en voz baja el alcalde.

Entre tanto el Padre Schmid se había revestido, y acompañado de Ignacio y de otro niño indio salió al altar, en que había una estatua de la Madre de Dios. Inmediatamente empezó el santo ejercicio. Los violines tocaron un suave prelude, y toda la comunidad entonó el símbolo de la fe en la lengua de los Chiquitos, en rimas y música, como el misionero lo había compuesto y enseñado. El *Gloria Patri* resonaba vigorosamente al son de trompetas y timbales. La primera mitad del Padrenuestro la decía en voz alta, más bien rezando que cantando, el caudillo del pueblo, y todos los demás indios terminaban la oración con cierto ritmo y cadencia melódica. El Avemaría era rezada de un modo semejante, sin otra diferencia sino que las palabras del ángel eran cantadas por argentinas voces de niños. Al principio de cada diez del rosario se cantaba una estrofa que recordaba el misterio que habían de considerar los fieles. Á la conclusión sonaba el órgano, y después de un hermoso cántico al Santísimo Sacramento el misionero daba la bendición al pueblo.

Los españoles estaban verdaderamente conmovidos, sin saber qué admirar más la música y el canto ó la piedad y compostura de los indios.

“Sería una iniquidad”, dijo á Don Pedro el bueno del alcalde cuando después de la cena se retiraron á descansar, “destruir la obra de este hombre.”

“No se trata destruirla”, respondió Don Pedro. “Otros misioneros vendrán á continuarla. No es tan difícil una vez fundada.”

“Sin embargo, es muy problemático que los indios quieran dejarse guiar por otros misioneros que no conocen su lengua ni sus costumbres. Por otra parte sería partírle el corazón á este hombre el lanzarlo de aquí al fin de su vida. Creo que debemos elevar al virrey una súplica, para que deje en paz estas misiones. ¿Qué daño puede seguirse á su Majestad el rey en Madrid de que en este rincón del mundo permanezcan un par de jesuitas en los bosques, en medio de sus

neófitos, aunque sus hermanos de España hubieran sido efectivamente traidores, lo que de ningún modo puedo creer?”

“Esto no nos importa”, contestó rudamente Don Pedro. “Somos empleados del rey y debemos cumplir sus mandatos, ya nos parezcan racionales ya irracionales. La responsabilidad es suya exclusivamente.”

“La principal responsabilidad es suya, ó, más bien, de su primer ministro. Pero nosotros también seremos culpables si nos prestamos á cooperar á tan evidente injusticia. Antes dejaría yo mi vara de alcalde.”

“Haced lo que gustéis. Yo no necesito de Vos para cumplir el mandato del rey. Pero una cosa os digo: Si advertís antes de tiempo á los misioneros de las órdenes que traigo, ó de algún otro modo os oponéis á ellas, os acusaré como reo de alta traición. Ahora ¡buenas noches!”

6.- El caudillo Yago

EL Padre Schmid estaba despierto algunas horas antes de que saliera el sol de los trópicos, meditando sobre la pasión de Jesucristo y orando muy detenidamente. Nunca había oído con tanta claridad como entonces la voz interior que le decía: “Prepárate á beber conmigo el cáliz de la amargura.” Ya el día anterior se había preguntado á sí mismo qué podría significar la venida del alcalde de Santa Cruz y de su acompañante, que sin duda era un alto empleado español. Nada bueno presentía el religioso. Sólo por ver la procesión del *Corpus* entre los indios, no habrían hecho aquellos señores tan largo y peligroso viaje.

Acordóse de una carta de Madrid que había llegado hacía un año, en que se anunciaba que sus hermanos de religión temían ser perseguidos por el ministro Aranda. ¿Sería posible que este enemigo declarado de la religión hubiera logrado destruir en España la Compañía de Jesús? En este caso no había que esperar que vinieran nuevos religiosos á continuar la obra de los misioneros entre los indios. ¿Qué sería de sus amados hijos? Y tristemente meditaba sobre aquellas palabras: “Heriré al pastor, y se dispersarían las ovejas.”



El Padre Martín oraba de rodillas delante su crucifijo, cuando sintió llamar suavemente en la ventana
(*Chiquitos*, pág.37)

El Padre Martín oraba de esta suerte de rodillas delante de su crucifijo. Cuando el crepúsculo se dibujaba sobre las próximas colinas, sintió llamar suavemente en la ventana. Sin duda habían llamado varias veces antes que el religioso, abstraído en la oración, lo advirtiera. Levantóse rápidamente y acercóse á la ventana.

“Padre”, dijo una voz, “perdona que te llame mientras estás hablando con el Gran Espíritu; pero tengo que hablarte antes que salga el sol.”

“¿Eres tú, Yago, hijo mío? Entra, no te detengas. La puerta de vuestro padre está siempre abierta para vosotros. Y ya sabes cuánto me alegro de tener á mi lado al prudente caudillo de mi aldea favorita, San Rafael.”

El indio oyó la alabanza del misionero con una sonrisa de satisfacción y entró en la reducida celda, donde el Padre le invitó á sentarse, ofreciéndose alimento y bebida. “Habrás caminado durante toda la noche y estarás hambriento y sediento. Come, pues, y bebe antes de decirme qué me traes de bueno. Yo no puedo tomar ningún manjar terreno, porque, como sabes, tengo que recibir el manjar celestial en la santa Misa.”

“Yo también quiero recibirlo, y me dará más fuerza que tu buen pan de maíz y tu suave vino de palmera. Tú nos has enseñado que el alma necesita de sustento más aún que el cuerpo. Y ¿quién nos dará el manjar del alma si tú y tus hermanos son arrebatados de entre nosotros? Ésta es la razón porque mi alma siente necesidad de hablar contigo, y he recorrido durante la noche á través de los bosques el camino desde San Rafael hasta llegar á ti aquí en San José. Pues tú eres nuestro padre más anciano y has construído las iglesias más hermosas y los grandes órganos que cantan las alabanzas del Señor, y nos has enseñado á tocar los violines y las flautas, y eres el padre á quien más queremos todos.”

“Yago”, dijo conmovido el Padre Martín, “¿cómo se te ha ocurrido la idea de que os puedan ser arrebatados vuestros padres?”

“Porque mi hijo Antonio lo ha oído en la ciudad de Santa Cruz. Ya sabes, padre, que mi hijo fue allá hace dos años contra mi voluntad, y qué allí entró al servicio de tus hermanos de religión. Después sirvió en casa de un español que vende aguardiente y otras malas bebidas, que tú, con razón, nos has prohibido. Hace poco tiempo llegaron de las altas montañas muchos caballeros á la ciudad de Santa Cruz. Al principio decían que proyectaban una expedición contra los Chiriguano, nuestros enemigos. Hace cuatro noches estaban sentados varios caballeros en la casa del español donde mi hijo está sirviendo, bebiendo bebidas malas que les turbaron la razón. Entonces el guía de los caballeros, á quien llamaban López sus compañeros, después de haber bebido mucho aguardiente, dijo que de ningún modo intentaban ir contra los Chiriguano, sino contra nosotros los Chiquitos y contra vosotros nuestros padres. Quieren venir en busca de vuestro oro y de vuestros tesoros y lanzarnos de estos países.”

“¿Es posible que haya oído esto tu hijo Antonio? Apenas es creíble. Quizás haya entendido mal al español.”

“Esto oyó, y también muy bien la lengua de los españoles. Tan pronto como lo oyó, se puso en camino durante la noche para avisarnos, pues cuando os lleven á vos, vendrán y nos harán á todos esclavos. Y no dio descanso á sus pies ni de día ni de noche, hasta que ayer tarde al ponerse el sol llegó á mi cabaña rendido de cansancio, y me comunicó esta espantosa noticia. Yo le mandé que no dijera nada de este proyecto, ni aún á tus hermanos, hasta que yo oyera tu consejo, pues tú eres el más anciano y el más sabio de nuestros padres. Confirma la verdad de las palabras de mi hijo que esta tarde deben haber llegado el jefe de los españoles con el alcalde de Santa Cruz y un hermoso joven, los cuales te dirán bellas palabras.”

“Aquí están. Ayer tarde vinieron en efecto. Dicen que han venido á ver la gran procesión del *Corpus* entre los Chiquitos, cosa que por cierto me pareció muy extraña, pues ¿cómo habían de recorrer el largo camino que hay hasta aquí desde La Paz sólo por ver cómo unos pobres misioneros rodeados de sus hijos desean agradecer al Salvador?”

“Ya ves que mi hijo dice la verdad”, añadió el indio. “Ahora piensa tú qué es lo que debemos nosotros hacer para conjurar este mal. Durante el largo camino desde San Rafael hasta aquí no he pensado en otra cosa.”

“¿Y qué plan ha concebido mi prudente Yago?”

“Padre, á ti te corresponde hablar primero; pero si quieres oír la opinión de tu hijo, escúchame. Hospeda á los tres españoles que han venido como espías, hasta después de la

fiesta, que no debe ser impedida. Á la procesión vendrán todos nuestros guerreros. Y cuando la fiesta se haya acabado, y nuestro amado Salvador esté de nuevo en su casita, que tú le has dispuesto en el altar, nos apoderamos de los españoles y los conservamos en rehenes. Los demás caballeros ya no se atreverán á hacernos la guerra.”

“Si realmente son mensajeros del rey, seríamos declarados rebeldes”, dijo el misionero moviendo la cabeza. “No, amado Yago, esto no procede. Hemos jurado al rey fidelidad y obediencia, y nunca permitiré que os opongáis con las armas á sus mandatos, aunque sean injustos. Además, por valientes que seáis, no podréis luchar contra las armas de fuego de sus guerreros.”

“¡Oh padre! En la espesura de los bosques que han de atravesar para llegar á nuestras aldeas, nuestras flechas impregnadas en curare son más peligrosas que sus bocas de fuego. ¿No hemos de defender nuestras aldeas y nuestras magníficas iglesias que con tu auxilio hemos construido?”

“Al rey no se le ocurrirá destruir vuestras aldeas y vuestras iglesias; ni tampoco al virrey. No, querido Yago, no se trata de eso. Esto sería su propia ruina. El golpe debe de ir dirigido contra nosotros; mas con todo, no puedo creer aún que nos manden dejar á nuestros amados hijos. El español, pues, de angustiarnos. Sin embargo, oremos para que Dios proteja las misiones.”

“Yo temo que aquel hombre, aunque estaba embriagado, dijera la verdad”, contestó tristemente el Chiquito. Quieren quitarnos nuestros padres y hacernos á todos esclavos. Pero nosotros acostumbrados á la libertad y á nuestros bosques y á la luz, como los pájaros, y no podemos servir de bestias de carga, ni arrastrarnos por las oscuras galerías de las montañas para sacar plata para los españoles. Si tú dices que no es lícito luchar contra los españoles, te diré lo que haremos. Buscaremos una nueva patria á cien días de camino hacia el oriente, adonde los españoles no puedan seguirnos á través de los bosques, pantanos y anchos ríos. Allí desmontaremos nuevos campos y edificaremos nuevas aldeas é iglesias. ¡Lástima de las hermosas iglesias que tú nos has construido aquí! Pero nuestros grandes tesoros nos los llevaremos. Todas estas cosas las he pensado durante el largo camino de esta noche. Los violines y flautas, trompetas y timbales pueden ser fácilmente transportados. También nos llevaremos los órganos por piezas separadas: los niños llevarán las pequeñas y los hombres las grandes y los fuelles. Lo mismo haremos con los altares que tú has tallado y dorado. Tú y tus hermanos sólo habéis de pensar en transportar los cálices y demás vasos sagrados que nosotros con nuestras manos profanas no podemos tocar. Y cuando estemos en nuestra nueva patria adonde los españoles no pueden seguirnos, construiremos nuevas iglesias, y allí pondremos los órganos y los altares y entraremos en ellas con nuestros violines y flautas, trompetas y timbales. ¿Qué te parece? ¿No ha pensado acertadamente el viejo Yago?”

El Padre Martín se rió al oír este plan que el buen indio había expuesto con juvenil entusiasmo. Sí, éstos eran los grandes tesoros de aquellos buenos hijos de la naturaleza: los instrumentos de música, sobre todo el órgano, y después los adornos de la iglesia y los altares. “Creo”, dijo para sí el misionero, “que antes de dejarse atrás un solo violín se olvidarían de todas las provisiones”, y respondió: “Muy bien has pensado, Yago. Alabo tu prudencia y sobre todo tu amor y tu ánimo generoso. Pero si nos viéramos en ese caso, apenas tendría yo fuerzas para pasear mis viejos huesos durante cien días por los bosques vírgenes.”

“¡Oh padre! no había pensado en esto. Pero no importa, te llevaremos. No tendrías que dar ni un solo paso. Te llevaremos sobre nuestros hombros como la imagen de San José y las otras que pesan tres veces más que tú. Escucha ahora. Convence á tus hermanos de que acceden á ejecutar este plan inmediatamente después de la fiesta, antes que vengan los españoles y os aparten violentamente de nosotros. Yo me encargo de traer á mi opinión á los demás caudillos. Si los padres hacen esta proposición, todos sus hijos estarán conformes. También enviaremos á nuestros buenos vecinos los indios Mojós y á sus padres un mensaje para que se vayan con

nosotros hacia oriente. Pues estoy seguro de que sin vosotros ninguno de los indios querrá permanecer aquí, y de que ninguno consentirá en ser acémila de los españoles. ¡Antes morir!”

“Ya sabes, buen Yago, cuánto te amo á ti y á todos mis hijos. Creo que el separarme de vosotros me costaría la vida. Sólo la violencia ó la voluntad de Dios podrían sacarme del país de los Chiquitos. Oremos, pues, para que Dios no nos exija este sacrificio, y para que todos conozcamos y hagamos siempre su santa voluntad. Ésta es la única respuesta que ahora puedo darte... Pero ya es día claro, y pronto tocará á Misa la campana. Vé, pues, á la iglesia y prepárate si quieres recibir el santo manjar del alma.”

El viejo indio se inclinó y salió en dirección de la iglesia. El misionero le miró conmovido, diciendo: “¡Qué bueno es! Sí, él y todos los suyos serían capaces de salir del país que con su sudor han convertido en un paraíso y de volver á la espesura de los bosques. Y en verdad, antes les aconsejaría yo esto, que dejarlos entregados á la suerte que les espera aquí cuando ya no podamos protegerlos. Mis hermanos vendrán á la fiesta y consultaremos lo que conviene hacer.”

Y diciendo estas palabras el Padre Martín tomó el breviario y salió al jardín á rezar las horas antes de la Misa.

7.- Antes de la Misa

EL refulgente sol de los trópicos chispeaba sobre la corona de los árboles de la próxima colina. Al beso de sus rayos abrían las flores sus aromáticos cálices, y grandes escarabajos tornasolados zumbaban alrededor de ellas. Anchas mariposas que habían dormido bajo las hojas se despertaban y soleaban sus primorosas alas azuladas y rojas en los muros de la casa ó revoloteaban sobre el césped. Una turba de resplandecientes colibríes giraba en torno de las flores de un tulipán en un ángulo del reducido jardín. Mas no se oía el suave cántico de los pájaros cantores de Europa, pues los pájaros de mil colores que revoloteaban en las ramas, en vez de cantos melodiosos no sabían más que producir un ruido informe ó una especie de monótono chirrido.

José Gómez, que había salido de la casa con el niño indio, estaba como deslumbrado contemplando la magnificencia de la mañana en los trópicos.

“¡Mira aquella mariposa, y aquel escarabajo, y aquel brillante colibrí! ¡Vamos á cogerlo! Ignacio, vé á buscar la red.”

“Éstos que hay arriba en las flores del tulipán son los más comunes, que ya hemos visto en las jaulas. Pero hay otros muchos, muy raros, y mucho más hermosos. En un claro y silencioso valle situado á dos leguas de aquí, creo que encontraremos los más hermosos. ¡Entonces, sí que abrirás los ojos!”

“¡Vámonos, pues, ahora mismo! Mi tío me da permiso.”

“No, antes tenemos que oír Misa. Después, creo que el Padre Martín me permitirá que te acompañe, para que coja para la fiesta algunos de los más hermosos colibríes ú otros pájaros raros y preciosos.”

“¡Qué fastidio! ¡ir primero á Misa! Hoy no es domingo, y no hay necesidad de oírla.”

“¡Fastidio el oír Misa! ¿No eres cristiano, y no crees que en la Misa nuestro Señor y Salvador desciende sobre el altar de un modo invisible? El Padre Martín nos ha enseñado que el Santo sacrificio de la cruz se renueva de un modo incruento é invisible en el altar, y que los ángeles están de rodillas alrededor de él adorándole. Yo tengo á grande honra poder ayudar á Misa, y temía que mientras estuvierais aquí iba á tener que cederte este honor. Todos los indios vienen á Misa con mucha alegría á oírla antes de salir al trabajo, ¿y tú dices que es un fastidio el tener que oírla? Casi me siento inclinado á no ir contigo á coger pájaros.”

José Gómez se avergonzó de esta reprensión que el niño indio le dirigía con el mayor candor. Sintió haber ofendido la ardiente fe del joven cristiano, y queriendo reparar el mal le dijo: “Me has entendido mal, Ignacio. Yo no he querido decir nada contra la santa Misa, sino que era tanta mi impaciencia por ir de caza, que me fastidia no salir inmediatamente. Pero tienes razón: iremos primero á Misa, y para que veas que yo también soy buen cristiano, la ayudaré contigo.”

Los ojos del niño indio brillaron de alegría. “Tú”, dijo, “¡con tu hermosa ropa, vas á ayudarla al lado de un pobre indio que sólo está vestido con esta blusa azul! Te doy gracias y siempre seré tu criado. Pero tienes razón: el Padre Martín nos dice que el Señor á quien adoramos en la Misa, es tan grande que en su presencia desaparecen lo mismo los españoles que los indios, como el diminuto colibrí y el papagayo, mucho mayor que éste, delante del gigantesco cóndor que mi primo Juan y sus hermanos han cogido. Pero aquí viene nuestro amado padre que ha estado rezando en su gran libro. Padre Martín, ¿os parece que este joven ayude la Misa juntamente conmigo, pobre indio, ó será mejor que la ayude él solo?”

“Será más edificante para toda la comunidad, que el noble español y el pobre indio se arrodenen juntos en las gradas del altar”, respondió alegremente el anciano sacerdote dando amistosamente la mano á su huésped. Pero á primera vista advirtió que el joven español evitaba tímidamente sus claros ojos. “El pobre joven trata sin duda de ocultarme alguna cosa”, dijo para sí. “¿Tendrá razón Antonio? ¿Habrán venido estos tres españoles como espías á las misiones? En verdad no hay aquí nada que ocultarles.”

Ignacio le pidió permiso para acompañar después de la Misa al joven español á coger pájaros; á lo que accedió gustoso el misionero cuando supo que Don Pedro Gómez había concedido permiso á su sobrino. “Condúcelo hacia el sudeste á la colina donde crece la gran palmera que domina toda la llanura”, le dijo al indio, “y mira desde allí hacia el sur, pues estoy esperando al Hermano Filiberto, quien quizás nos traiga un grupo de salvajes. Anteayer supe que iba siguiéndolos, y espero que los haya persuadido á que visiten nuestra aldea. Tan pronto como vengan les daremos de comer y de beber, y los vestiremos y alojaremos lo más cómodamente posible para que se queden con nosotros y podamos ganar sus almas.”

“¡Qué alegría! Exclamó Ignacio. “¡El Hermano Filiberto nos trae salvajes! ¡Esto es más hermoso que cazar lindos pájaros! Y Vos, padre, ¿no iréis á buscarlos con la música según vuestra antigua costumbre?”

“Sí, Ignacio. Le dirás al Hermano Filiberto que se detenga con ellos en la colina; entre tanto vienes tú corriendo á avisarme, para que yo salga á su encuentro con mi violín y los atraiga hasta la última espesura que hay antes de llegar á la aldea. Por desgracia no me encuentro con fuerzas suficientes para ir á buscarlos en los bosques á muchos días de camino de aquí. Tendré que contentarme con el consuelo de introducirlos en la aldea, que es lo más difícil. Ya más de una vez, cuando estaban á punto de entrar, se han vuelto, desapareciendo como una bandada de asustadizos pájaros.”

“¡Oh padre mío! No se resistirán al encanto de vuestro violín. Pero no podré volver corriendo con este joven, que con sus buenos vestidos no está acostumbrado á andar por los campos. Mas ya sé lo que debo hacer. Tan pronto como vea á lo lejos al Hermano venir con los salvajes, encenderé una hoguera de hierba y heno seco. Nuestros hermanos que trabajan delante de la aldea estarán al cuidado, y Vos podéis estar seguro de que os avisarán tan pronto como noten el humo. ¡Cuánto me alegro de esta dichosa venida!”

“Muy bien, así lo haremos. Pero ya es la hora de la Misa. El viejo Bartolomé está ya tocando. Entre tanto no penséis en la caza. Pedid á Dios que los salvajes se establezcan aquí, y sobre todo por otra necesidad aún mucho más grave.”

“Sí, rogaremos, padre”, añadió el niño impresionado por el tono severo con que el religioso había pronunciado estas últimas palabras. “Y José también rogará, y si Vos también se lo pedís, Dios escuchará ciertamente nuestras súplicas.”

José Gómez se figuraba qué necesidad era aquélla. Desde la tarde anterior en que había llegado á la misión, todo cuanto había visto le había ganado el corazón en favor del anciano sacerdote y de su obra, y se dolía del mandato del virrey, y de que fuera su tío el encargado de cumplirlo, y aun de la cooperación que á el mismo le exigían. Esta cooperación estaba firmemente resuelto á no prestarla por nada del mundo, y estaba, contando con el auxilio del alcalde de Santa Cruz, mover á su tío á que él mismo escribiera una exposición solicitando la conservación de las misiones. “Si todavía insiste el virrey en lanzar violentamente á los jesuitas, mi tío, después de lo que ha visto aquí, deberá renunciar á su empleo antes que prestarse á ser instrumento de tamaña iniquidad.” Así decía José para sí, y pensando en esto contestó mirando por primera vez al religioso con una mirada expresiva: “Yo también oraré por vuestra necesidad; creo que la conozco,

y es mi mayor deseo que Dios os conserve... para bien de vuestra misión... durante muchos años”, añadió rápidamente, temiendo haber dicho más de lo que su tío le hubiera consentido.

El Padre Martín, que le había comprendido, le alargó la mano diciéndole: “Á mí puede llamarme Dios á cada momento, pues soy anciano y me siento decaído, y sólo deseo ser sepultado en este caro suelo. Pero ¡quiera Dios que mis hermanos puedan continuar aquí su obra! ¿No es verdad que esto es lo que debemos pedir, joven amigo mío?”

“Sí, Padre”, dijo José, y besó la mano del sacerdote. Luego le siguió á la iglesia con su compañero y le ayudó la Misa con mucha devoción.

8.- La caza de colibríes

DESPUÉS de la Misa Ignacio dio rápidamente de comer y de beber á los muchos pájaros de las jaulas, y luego salió de caza con el joven español. Iba cargado con pequeñas jaulas, y varios sacos tejidos de filamentos de raíces y una larga cerbatana, y no consintió en que su compañero le ayude á llevar ninguno de estos objetos. “Tú ya tienes bastante con tu sombrero de ala ancha, tu escopeta, tus vestidos y sobre todo con tus pesadas botas. No comprendo cómo puedes andar llevando estos objetos tan pesados.”

“Menos comprendo yo cómo puedes tú andar con los pies desnudos por este áspero suelo sin lastimarte”, respondió José riéndose; “pero no puedo menos de reconocer que con este calor tu ligero vestido es más cómodo que los nuestros. Sin embargo, insisto en que me permitas llevar por lo menos los dos sacos.”

“Sólo este, donde van los proyectiles de la cerbatana.”

Los dos niños estaban ya fuera de la aldea y atravesaban los huertos de los alrededores, en los cuales había ya hombres y mujeres trabajando con ardor. Todos saludaron amistosamente al joven español que había ganado su corazón ayudando á Misa con uno de sus hijos, y le ofrecieron dulces frutos tropicales. Cuando Ignacio anunció á sus paisanos que el Padre Martín esperaba al Hermano Filiberto acompañado de un grupo de salvajes, todos prorrumpieron en gritos de alegría, y prometieron no dejar de mirar á la colina de la palmera.

El joven indio y el español se dirigieron alegremente al bosque. Ignacio refirió en el camino á su compañero, que sus abuelos habían sido salvajes que erraban por los bosques. “No puedes figurarte cuán triste era su suerte. No conocían los vestidos, su manjar eran raíces silvestres y frutas, y á veces caza, que devoraban como los animales del bosque, casi cruda y sin sal. Habitaban en miserables chozas ó en cuevas donde se arrastraban por angostas aberturas. Por esto nos llamaban los españoles indios Chiquitos, esto es, indios reptiles. De Dios y del cielo no sabían nada; sólo temían á un mal espíritu, que, según creían, dominaba en la solitaria espesura del bosque y tenía en su mano las enfermedades, la muerte y todos los males. Así vagaban por los bosques como animales irracionales, y eran cazados por sus enemigos los Chiriguano y devorados como bestias feroces. Pero Dios nos envió al buen Padre José – el Padre Martín, que es su sucesor, le llamaba también de Arx- para que se compadeciera de nuestro pobre pueblo. Con su flauta venía á nuestros bosques, y con su música suave atraía á los primeros de nuestro pueblo, entre los cuales estaban mis abuelos. Luego aprendió nuestra lengua y después de muchos trabajos logró reunirlos en una aldea y que cultivaran los campos, y sus hijos, uno de los cuales era mi padre, fueron bautizados. Por último construyó una iglesia y enseñó á los jóvenes á conocer y amar á Dios. Todo esto le ha costado amargos sudores. Luego vinieron á ayudarle otros hermanos suyos; y por fin - á la sazón era mi padre todavía un niño- vino nuestro Padre Martín, que nos edificó esta hermosa iglesia y talló los magníficos altares, y nos construyó muchos instrumentos de música. Desde entonces vivimos en la tierra como en un paraíso.”

“Ya lo veo”, respondió José Gómez. “Pero, díme la verdad, amado Ignacio: ¿cierto que estáis agradecidos á vuestros Padres? ¿han trabajado éstos por vosotros sin recompensa ninguna?”

“Si lo somos: si no lo fuéramos, los mismos animales nos afrentarían”, respondió con indignación el indio.

“¿Y no les demostráis vuestro agradecimiento buscando oro para ellos?”

“¿Oro? ¿Y qué es oro?”

“Es el metal amarillo y brillante con que están adornados el tabernáculo y los capiteles de las columnas.”

“No, éstas son hojas muy delgadas, más delgadas que las hojas de esta flor, y no se encuentran en nuestro país. El Padre Martín las ha traído de Santa Cruz y de más lejos y las ha cambiado por plumas de pájaros raros, resina y caucho y otras cosas que se producen en los bosques de nuestro país. Y todo lo que por estos productos ha obtenido, lo ha gastado en adornar nuestra iglesia. Para sí no toman nuestros Padres ni el valor de un pájaro, pues han prometido ser pobres como nuestro Salvador, que era tan pobre como un niño indio que ni siquiera tiene túnica.”

“¿Entonces no es verdad lo que se dice entre nosotros, que en vuestro país se encuentra el metal amarillo y resplandeciente en gran cantidad en forma de pepitas y granos, y que los indios lo extraen de la tierra, lavando las arenas de los ríos, en provecho de los misioneros?”

“Nunca he oído yo semejante cosa, ni he visto el oro en masas ni en pepitas; si las hubiera, de seguro las habría visto, pues mi padre es el caudillo de la aldea y distribuye á todos el trabajo. ¿Cómo pueden vuestros paisanos decir tal cosa? Eso es una mentira y un pecado”, exclamó indignado el indio.

“Tienes razón, Ignacio; esto es una cosa abominable”, contestó José Gómez. “Yo lo había creído hasta que he conocido al Padre Martín, y mi tío también lo cree. Pero tus palabras me han disipado las últimas dudas, y hoy mismo voy á procurar convencer á mi tío del error en que está. Mas ahora estamos en el bosque, y voy á tener la escopeta preparada por si sale algún jaguar ó algún puma de debajo de aquellos grandes árboles.”

“No tengas ese miedo, joven señor. Se ha retirado á lejos de nuestras aldeas, á los grandes bosques, pues temen al hombre y no asaltan ordinariamente. Pero deber tener cuidado donde pisas, no vayas á tropezar con alguna serpiente. Sus mordeduras son más terribles que el puma, por más que conocemos los mejores contravenenos.”

Á través de corpulentos helechos con hojas en forma de gigantescos abanicos entraban en aquel momento en la espesura del bosque. Por los troncos de los enormes árboles subían enredaderas de diferentes especies formando una espesa dosel las una sobre las otras, entrelazadas de copa en copa y cayendo casi hasta el suelo en forma de elegantes columnas de donde pendían ramilletes de hojas y de flores. En estas lianas subían y bajaban un ejército de pequeños monos, dando gritos de árbol en árbol, tan pronto como vieron á los dos jóvenes.

“¿Derribó uno?” dijo el español echándose la escopeta á la cara.

“No lo hagas, joven español”, le respondió el indio. “Son compañeros muy alegres, y sus gritos me han advertido más de una vez de algún peligro. Además, el estampido del tiro ahuyentaría á los pájaros que queremos cazar. Mira allí, qué hermoso colibrí; como ese no lo tenemos. Ahora procuremos cogerlo.”

Un rayo de sol vino á caer precisamente á través del techo de follaje sobre una magnífica flor de una orquídea sujeta en la rama superior de un árbol gigantesco, y alrededor de la flor oscilaba algo como una piedra preciosa resplandeciente y chispeante. Movía las alas con tanta rapidez, que sólo se veía un resplandor de colores, pero el diminuto cuerpo cubierto de las más admirables plumitas brillaba con los colores del arco iris. El prolongado pico del cual salía una lengua bifurcada, lo introducía en el cáliz, de donde, oscilando tranquilamente, sacaba su alimento, que consistía en los pequeños escarabajos que la flor ocultaba en su dulce seno.

“Si tuviera aquí una caña larga de bambú, cogería al colibrí con la red”, dijo Ignacio. “Pero voy á derribarlo con la cerbatana.”

“Si vas á matar á ese pajarillo, déjame á mí tirarle”, dijo José, queriendo apuntarle.



Ignacio, después de apuntar un momento al pajarillo, sopló hacia arriba con todas sus fuerzas. "¡Herido!" dijo con alegría el joven español.
(*Chiquitos*, pág. 55)

"No, que lo destrozaría, y además no quiero matarlo", y sacó del saco un pequeño proyectil que consistía en una espina provista de plumas, y lo mojó cuidadosamente en una cañita que le servía de frasco.

"El veneno de las flechas está tan diluido que no mata ni aun al pajarillo más pequeño, si bien lo deja sin movimiento un poco de tiempo." Luego introdujo el pequeño proyectil en la larga cerbatana, y después de apuntar un momento al pajarillo sopló hacia arriba con todas sus fuerzas.

"¡Herido!" dijo con alegría el joven español corriendo hacia el pájaro que parecía muerto y levantándolo de la hierba donde había caído como una bola de algodón. Entonces pudo contemplar de cerca aquella maravilla del poder de Dios. Era un colibrí topacio, que por sus magníficos colores podía competir con todos los demás. La corona y una banda alrededor del cuello eran de terciopelo negro, el cuerpo cobrizo, granate y dorado brillante, la garganta dorada con reflejos de verde esmeralda que á otra luz se convertían en amarillos de color de topacio, y las alas verdes, pardas, rojas y color de castaño. "¡Qué magnífico, qué admirable!" gritaba José una y otra vez. Ignacio le arrancó la espina al pajarito y le chupó la pequeña herida, y después que su compañero lo hubo contemplado á su sabor, lo encerró en la jaula, donde no tardó en revivir.

Después dió caza el indio á otros muchos colibríes de la especie llamada de silfo, que se distingue por su graciosa caperuza, por las escamas pintadas de su cuello y por sus largas fantásticas alas. José Gómez creía que éstos eran los más hermosos entre todos los demás. Las plumas de cuello en forma de esclavina se prolongaban mostrando gradualmente los colores pardos y rojos y verdes por los extremos; la magnificencia de las otras plumas no hay palabras con que expresarla.

Entonces quiso el joven español tentar fortuna con la cerbatana, pero sólo consiguió gastar casi todos los proyectiles que había llevado el indio; el cual lo miraba con paciencia, hasta que por fin logró por casualidad, según él mismo confesó, herir aún silfo que tenía en la cola dos largas plumas en forma de banderitas.

De esta suerte el camino de la colina de las palmeras se hizo corto á ambos jóvenes, aunque el sol casi había llegado ya al cenit antes que estuvieran en el término de su paseo.

Cansado se dejó caer José á la sombra que se formaba alrededor del tronco de las palmeras, pues el sol caía perpendicularmente sobre ellas. “Tengo sed”. Dijo el español. “¿Podrías traerme un poco de agua del arroyo que hace un instante hemos pasado?”

“Yo te daré algo mejor que agua, y además copa en que beber”, respondió Ignacio riéndose. Subióse al punto por el esbelto tronco de una palmera y de su copa cortó algunos cocos medio maduros. Momentos después estaba ya en tierra y daba á su compañero un coco que había partido, diciéndole: “Toma, esto es alimento y bebida al mismo tiempo. Es leche de coco, muy suave. Cuando el coco se madura, desaparece formando la nuez.”

El español bebió con avidez aquel suave líquido semejante á la leche. “Ignacio”, le dijo, “vivís en un paraíso poblado de hermosos animales y rico en magníficos frutos. Casi estoy resuelto á quedarme aquí con vosotros y no volver á las ásperas montañas donde mi tío tiene su casa de piedra, en la ciudad de La Paz.”

“Sí, quédate con nosotros, y que el Padre Martín te eduque para sucederle á él. Una vez intentó enseñarme la lengua del misal y de su libro de oraciones; pero aquellas palabras y frases no entraban en mi cabeza de indio, y tuvo que desistir de su intento. Pero tu cabeza comprenderá fácilmente lo que hay en esos libros.”

“Es latín, y yo lo entiendo ya”, dijo José Gómez.

“¡Mira cuanto talento tienes!” exclamó el joven indio. “Casi te tengo envidia. Puedes ser sacerdote y llegar á ser uno de nuestros padres.”

“Para esto se necesita algo más que saber latín. Es preciso tener vocación.”

“Pues pídele á Dios que te la dé.”

“Casi no me atrevo. Pues aunque es tan hermosos este país y tan buenos los frutos que produce, sin embargo, la vida del misionero es muy dura. No comprendo cómo vuestro Padre puede soportarla. La última noche me han acibillado los mosquitos, por más que he procurado extender bien el mosquitero. Hoy por la mañana me he asustado al ver un espantoso escorpión venenoso y un horrible cienpiés. Y lo que me cuentas de las serpientes no es cosa de broma. ¡Y qué pobremente va vestido el Padre Martín, y qué demacrado está! ¡Y el espantoso calor que se siente de día y de noche, y otras muchas molestias que yo no advierto en los primeros días!... no, no; creo que la vida en las frías llanuras de las montañas y entre hombres civilizados es mucho más agradable. ¡Y si al fin vuelvo á España, que es propiamente mi patria, con mi tío! ¡Aquel país sí que es hermoso! ¡No comprendo cómo pueden vivir aquí los misioneros!”

“Entre nosotros pobres salvajes, quieres decir”, respondió Ignacio casi tristemente. “Viven aquí porque nos aman y porque quieren llevar al cielo nuestras almas.”

“Tienes razón, Ignacio, ningún interés terreno les mueve á hacer este sacrificio. ¡Y cuando yo pienso en el pago que reciben!... Mas de esto no puedo hablar... Pero mientras estamos hablando, nos olvidamos de que hemos venido á esperar al Hermano Filiberto con los salvajes. ¿Cómo podremos verlos antes que lleguen, estando todo cubierto de árboles y malezas?”

“Advertiremos su llegada así que suban á la colina que hay allí en frente, de la cual no quito los ojos. El vuelo de los pájaros del bosque y los gritos de los monos nos dirán desde lejos cuando se acercan. Pero no los espero antes de que el sol haya recorrido la mitad de su carrera desde el mediodía hasta que se pone. Ahora se detendrán, durante la siesta. Duérmete tú también junto al tronco de la palmera, mientras yo recojo pasto seco y ramas con que encender la hoguera. Tan pronto como se acerquen te despertaré.”

9.- Los Chiriguanos

MIENTRAS José Gómez dormía á la sombra de la palmera y su compañero vigilaba, Don Pedro y el alcalde estaban sentados delante de una taza de té del Paraguay que amistosamente les había ofrecido el Padre Martín. Había dado éste á los dos empleados españoles una comida tan buena con sus pobres recursos se lo permitía, y procuraba animar la comida con amistasas palabras. Don Pedro permanecía callado, y el alcalde no sabía qué decir. Al fin de la comida, cuando encendieron los cigarros, se avivó algún tanto la conversación.

Don Pedro hacía numerosas preguntas al misionero acerca del establecimiento y estado de las misiones, y éste contestaba sin reserva ninguna á ellas. El Padre José de Arx y el Padre Bautista de Cea fueron los primeros que lograron reunir á los indios en aquel lugar, y, con inauditos trabajos, formar reducciones ó comunidades de cristianos según el modelo de las reducciones del Paraguay.

“Cuando yo llegué, había una siete comunidades con unas catorce mil almas; ahora quizás lleguen á veinte mil”, dijo el misionero.

“¿Y cuántos hombres capaces de empuñar las armas habrá en estas misiones?” preguntó Don Pedro.

“Los Chiquitos son un pueblo pacífico que no se dedica á la guerra. Á lo sumo se defienden de los Chiriguanos. Cuando se acerca alguna banda de éstos, todos, jóvenes y ancianos, toman el arco y las flechas. Ya hace largo tiempo que los Chiriguanos nos dejan en paz.”

“Pero ¿cuántos guerreros podrían reunir los Chiriguanos en una expedición contra esa canalla? Yo tengo el encargo especial del virrey de castigar á los Chiriguanos, y espero que todos los habitantes de vuestro pueblo me ayuden. Una población de veinte mil almas podrá poner en pie de guerra de cinco á seis mil hombres por lo menos, con cuyo auxilio cercará á los Chiriguanos en estos terrenos impenetrables para los soldados españoles, y los castigaré duramente.”

¿Sería ésta la misión de los empleados españoles, y no la expulsión de los misioneros? N el primer momento sintió el Padre Martín que se le quitaba un gran peso del corazón; pero recordando las palabras que el niño Gómez había dicho por la mañana, se le ocurrió que la expedición contra los Chiriguanos acaso sería un ardid para alejar de las misiones á los guerreros cuya resistencia se temía. En todo caso aquella proposición del español se oponía á los privilegios concedidos por el rey á las misiones y á los recién convertidos, en virtud de los cuales las misiones estaban expresamente substraídas á la intervención y administración de los empleados del reino. Esto lo expuso el Padre Martín con toda moderación á su huésped.

“¿De suerte que Su Alteza el virrey tendrá que empezar pidiéndoos humildemente vuestro permiso y acabar solicitando la conformidad de los caudillos del pueblo?” preguntó Don Pedro con airado semblante.

“Si el virrey respeta las órdenes de Su Majestad, de lo que no abrigo duda alguna, las cuales debemos mantener con todas nuestras fuerzas”, respondió el misionero.

“Pero si Vos queréis, podéis sin menoscabo de los derechos de vuestras misiones acceder esta vez á los deseos de Su Alteza”, dijo interviniendo amistosamente el alcalde.

“Sobre este punto á mi superior es á quien toca resolver. Además, es preciso preguntar á los jefes del pueblo si están dispuestos á ir contra los Chiriguanos. Mis hermanos y también los jefes de las diferentes aldeas, se reunirán aquí pasado mañana para celebrar la gran procesión del día del *Corpus*, y podremos proponerles los deseos del virrey.”

“¿Los deseos? Los mandatos, debéis decir”, repuso Don Pedro coléricamente. “Ya han pasado los tiempos en que se respetaban vuestros pretensos privilegios reales.”

“Mientras el rey no los revoque, es obligación vuestra y del virrey el ampararlos.”

“Naturalmente, claro es”, dijo el alcalde. “Así lo entiende también mi arrebatado amigo. Pero ya sabe Vuestra Reverencia que los empleados del rey hace tiempo que consideran que estos privilegios son insostenibles é incompatibles con la administración del reino; sobre este punto no hemos de disputar. Claro que los misioneros los han de considerar como necesarios para las misiones. Al principio pueden, en efecto, haber sido necesarios; pero ahora que ya están establecidas con tanta prosperidad, como que estas aldeas de indios pueden competir con las más hermosas posesiones de Su Majestad –ya veis que os hago justicia,- ahora estas excepciones no son necesarias. Estas aldeas pueden ser administradas por empleados del rey y regidas por párrocos los mismo que Santa Cruz, cuyo alcalde tengo el honor de ser. Ahora, lo que yo digo, y os ruego encarecidamente, es que Vos, venerable y respetable Padre, no os opongáis á los deseos, ó más bien, á la voluntad del virrey y de su encargado Don Pedro Gómez y Silva, que presente está, invocando vuestros caducos privilegios, que, como os digo muy en confianza, han sido ya revocados. Según esto serán enviadas á vuestro superior las reales órdenes sobre este y sobre otros puntos. ¿No es verdad que no opondréis sin necesidad ningún obstáculo á los deseos de mi ilustre amigo?”

El Padre Martín se disponía á contestar al largo y tortuoso discurso del alcalde, cuando llegó un indio diciendo con grandes muestras de alegría: “Padre, la hoguera está ardiendo en la colina en la colina de la palmera. Toma tu violín y sal al encuentro de tus nuevos hijos”; y al mismo tiempo se oyó en la plaza de la aldea el ruido de la multitud que se agrupaba dando gritos de alegría, y los invitó á acompañarle á la entrada de la aldea para que fueran testigos del recibimiento de los recién llegados. “Su aspecto os dará idea del triste estado en que se hallan esos infelices, del cual con la ayuda de Dios hemos librado ya á muchos millares y esperamos librar á muchos más si el gobierno de España no nos pone obstáculos, como debemos temer después de haber oído vuestras expresiones. Sin embargo, todavía espero que nos entendamos, y lograr que seáis nuestros intercesores para con el virrey.”

El alcalde aceptó de muy buen grado la invitación del misionero, y el mismo Don Pedro también tomó su sombrero murmurando una disculpa. En el bosque que había á la entrada de la aldea, se hallaban todos reunidos, jóvenes y ancianos. Habían sido llevados á aquel lugar cestos con vestidos y provisiones, y el caudillo de la aldea corría acompañado de sus subordinados de un lugar á otro, muy ocupados en disponer el recibimiento; y los músicos por su parte disponían sus instrumentos para tocar cuando llegaran los salvajes. El anciano sacerdote rogó á los españoles que se colocaran en segundo término. “Los salvajes”, les dijo, “son como niños, y vuestra presencia podría causarles temor y moverles á huir de nuevo á los bosques.”

“Está bien”, dijo el alcalde. “Estos bribones jamás habrán sido tratados por los españoles tan bien como Vos os disponéis á tratarlos. No turbaremos vuestra piadosa obra si el deber no nos lo impide.”

El Padre Martín hizo señal al caudillo de la aldea y á algunos otros indios ancianos, hombres y mujeres, para que le acompañaran, y se dirigió con este grupo hacia la colina de la palmera.

Cuando llegaron al raso desde donde se veía la palmera, notaron que en torno de ella y en la pendiente de la colina había acampado un numeroso grupo de salvajes. “Son más de ciento, padre”, dijo alegremente el caudillo.

“Pero no son Chiquitos. Creo que son Chiriguanos: mirad la corona de plumas que traen en la cabeza”, dijo otro.

“En este caso mejor sería que fuéramos por el arco y las flechas”, añadió un tercero.

“En son de guerra no se presentarían al medio día, sino que caerían sobre nosotros durante la noche, como acostumbra los Chiriguano”, dijo el caudillo; y miró fijamente hacia la colina haciéndose sobra en los ojos con la mano. “Si embargo”, añadió, “son Chiriguano y traen en las manos mazas y lanzas. ¿Qué hacemos padre?”

“¿No ves con ellos al Hermano Filiberto y á Ignacio y al sobrino del capitán español? Mi vista es muy débil y no alcanza á tanta distancia.”

“Sí los veo”, respondió el caudillo.

“Y nos hacer señas”, dijeron varios al mismo tiempo.

“Entonces Dios ha oído mi oración y nos trae por vez primera á los hijos de este pueblo salvaje y guerrero, el único que en esta parte del mundo ha rechazado siempre las tentativas de nuestros Padres. Olvidad ahora, hijos míos, todo el daño que os han hecho los Chiriguano. Mostrad que sois hijos de vuestro Padre que está en el cielo y hace salir el sol lo mismo sobre los buenos que sobre los malos. Venid y vamos á recibirlos con los mayores muestras de alegría y de amistad, pues de aquí en adelante serán nuestros hermanos.” Y diciendo estas palabras se adelantó el Padre Martín. Después de breve vacilación siguieron los indios.

Era en efecto una banda de Chiriguano á quienes el Hermano Filiberto había atraído con la dulce música de su flauta. La lengua de los Chiquitos y la de los Chiriguano son tan parecidas, que no le fue difícil al Hermano hacerse entender del caudillo de estos salvajes. Les invitó á ir á la aldea de la misión diciéndoles que allí oirían otra música mejor que la que él podía producir con su flauta. La gran fiesta, de que ya tenían alguna noticia confusa, había de celebrarse en los próximos días. Estas y otras muchas cosa que dijo á los salvajes, y sus dulces melodías, determinaron al caudillo á acompañarle por lo menos en calidad de huésped, cuando el Hermano se ofreció á sí mismo como prenda de la libertad y seguridad de los Chiriguano.

“Tan pronto como alguno de los Chiquitos levante la mano contra vosotros, atraviésame el pecho con tu lanza”, había dicho al Chiriguano el valeroso el valeroso auxiliar del Padre Martín. Todos habían seguido al tocador de flauta á través de los bosques y de los ríos. Muchas veces habían vacilado, y no una sola el misionero leyó en los ojos de aquellos feroces indios el deseo de caer sobre é y disponer un banquete según sus abominables costumbres; pero luego se tornaban más humanos y le seguían de buen grado cuando producía suaves sonidos en la flauta. Probablemente le consideraban como un ser extraordinario, y un supersticioso temor enfrentaba sus sangrientos apetitos.

Ignacio no quedó menos sorprendido cuando vió al Hermano Filiberto salir del bosque con aquella turba, y se disponía á huir con el joven español; pero el Hermano les hizo señas para que se quedaran allí, y pocos momentos después se vieron rodeados de salvajes. Lo primero que les llamó la atención, fueron los hermosos vestidos del joven español: palparon sus botas, su jubón y su sombrero y se rieron del temor que experimentaba el joven al verse en las rudas manos de aquellos salvajes. El Hermano Filiberto le dijo que no mostrara temor ninguno, y empezó de nuevo á tocar la flauta. Pero esta vez el encanto de la flauta no les producía efecto ninguno. Entonces gritó Ignacio: “¡Ya vienen!”

Precisamente en aquel momento llegaba al pie de la colina de la palmera donde estaban acampados los salvajes, el Padre Martín con sus compañeros. Desde luego el misionero tomó su violín y empezó á arranca suaves melodías de sus cuerdas. Los Chiriguano le escucharon al principio con la boca abierta, y luego empezaron á saltar y bailar siguiendo la alegre danza, dando vueltas como locos. “¡El ropa negra, el ropa negra!” gritaron. “Tiene un pájaro encantado en esa

caja extraordinaria, en que araña. ¡Es un gran encantador, mucho más poderoso que tú, que hasta ahora nos has atraído soplando en tu caña!”

Así hablaban mientras descendían, saltando y brincando, de la colina al pie de la cual se hallaba el Padre Martín, que los recibió con las mayores muestras de amor. Pero los Chiriguanos, y el primero su caudillo, apenas miraban al misionero y á sus compañeros; todos querían ver y tocar el violín. Miraba por los agujeros de la caja, y se admiraban de no ver el pájaro encantado. Luego le rogaban al ropa negra que le hiciera cantar de nuevo, y al punto volvían á saltar y bailar todos en torno del instrumento. Entonces el Padre Martín, en vez de una danza, tocó una marcha; el Hermano Filiberto le acompañó con la flauta, y todo el grupo se puso en movimiento dando grandes gritos de alegría.

No tardaron en llegar al raso donde esperaban los Chiquitos de la Aldea. Afortunadamente el caudillo, á una señal del misionero, se había adelantado para advertir que los que llegaban, no eran de su misma tribu, pues sin esta advertencia los pacíficos Chiquitos habrían huído al ver á sus enemigos los Chiriguanos. Pero siguiendo las indicaciones de su amado padre los recibieron al son de los tambores y trompetas que resonaron á lo lejos en el bosque. Los Chiriguanos estaban como asombrados oyendo aquellos insólitos sonidos; al principio experimentaron algún temor, pero pronto se trocó este sentimiento en júbilo, y en el colmo de su alegría saludaron á los Chiquitos como á compañeros de raza, y en señal de paz dejaron las armas en el suelo y dieron las manos á los cristianos. Luego, á fin de que ni aun en lo exterior se diferenciaron de éstos, recibieron las ropas que había preparadas para ellos, y no tardaron todos en estar vestidos con las camisas azules que cubrían á los hombres hasta las rodillas, y á las mujeres hasta los tobillos. Entonces ya no se distinguían los Chiriguanos de los Chiquitos: como hijos de un mismo pueblo se dispusieron á entrar en la aldea al ponerse el sol.

Á la cabeza del cortejo iba la atronadora música. Cuanto más locamente redoblaban los tambores y más fuertes sonaban las trompetas, tanto mejor. Pero casi dominaban los tonos de la alegre marcha los gritos de alegría de los indios que seguían unos del brazo de otros, confundidos los Chiriguanos y los Chiquitos. El Padre Martín estaba contentísimo, pues no abrigaba la menor duda de que aquel era el principio de la primera comunidad cristiana de Chiriguanos, porque conocía el carácter sencillo de los indios de la América del Sur y esperaba ganarlos por completo con la magnificencia de la fiesta. Pero en medio de su alegría se acordó del golpe que amenazaba destruir las misiones, y dirigiéndose á los españoles que iban al fin del cortejo les preguntó:

“¿Creéis que el virrey, si fuera testigo de esta alegría, tendrá valor para mandar que se declarase guerra á los Chiriguanos?”

“El virrey tendrá valor para cumplir las órdenes del rey, sean cuales fueren las consecuencias, y yo lo tendré para cumplir las órdenes del virrey”, respondió al religioso Don Pedro Gómez y Silva.

10.- La víspera de la fiesta

POR la mañana del día de la víspera de la fiesta empezaron á llegar á San José los misioneros de las aldeas más próximas, juntamente con la mayor parte de los indios, y por la tarde los de las más remotas comunidades de cristianos. Sólo quedaron en las aldeas algunos que las guardaran, y los que absolutamente no podían emprender el camino: las madres llevaban á sus hijos pequeños pendientes de las espaldas, y los ya mayores emprendían alegremente el camino. Cuando los misioneros refirieron á los Chiquitos cómo los indios del Paraguay celebraban la fiesta del *Corpus*, los Chiquitos no quisieron quedarse atrás en dar honor al Salvador en el Santísimo Sacramento, y convinieron en celebrar alternativamente la fiesta cada año en una de las aldeas. De esta suerte podría celebrarse con más magnificencia, y ser al mismo tiempo una fiesta popular en la cual se reunieran una vez al año todos los Chiquitos con sus misioneros. Por esta razón vinieron todos con mucha alegría á San José y con mucha alegría fueron recibidos por los habitantes de esta aldea. Cada uno de los grupos de las diferentes aldeas era recibido con música y saludado por el Padre Martín. Luego se disolvían buscando el lugar de su alojamiento, donde se instalaban, saliendo después á visitar á sus amigos. Después se reunían todos en la iglesia para admirar las imágenes y oír el gran órgano, pues ninguna otra aldea podía gloriarse de poseer un órgano tan magnífico como el de San José, donde el Padre Martín había construido una obra maestra.

En las calles y caminos por donde había de pasar la procesión todo era vida y movimiento. Con vigas y troncos de árboles era construída la armadura de los arcos de triunfo y de los altares, los cuales serían cubiertos de hojas de palmera y de gigantescos helechos. Las guirlandas de flores que habían de adornarlos, serían traídas durante la noche, pues el calor del día en los trópicos las habría marchitado muy pronto. Las jaulas de los numerosos pájaros de mil colores y de los animales salvajes que según la intención de los indios habían de contribuir á celebrar la fiesta del Salvador, tampoco fueron colgadas hasta poco antes de empezar la procesión. Sólo fueron exceptuadas dos jaulas gigantescas que los indios colocaron á la puerta de la iglesia. En una de ellas estaba acostado un poderoso puma ó león plateado con los ojos chispeantes; en la otra había un gigantesco cóndor.

“El puma lo han traído los nuestros de Santa Ana”, dijo un muchacho de esta aldea.

“El cóndor lo ha cogido mi padre”, añadió un joven de San Javier; “éstos son mucho más difíciles de coger que el puma. ¿Sabes cómo lo cogió mi padre? Hizo un agujero en la tierra y lo cubrió con ramas secas, y encima puso un llama muerto. Dentro del agujero se colocó él, esperando con paciencia á que el cóndor, que oscilaba en las alturas como un punto, se lanzara sobre su presa. Dice mi padre que no volverá á ponerse otra vez debajo de un llama muerto. Por último el gran pájaro se lanzó, y cuando se hubo hartado de comer, mi padre le sujetó las patas con un lazo, y así lo cogió, y por hambre y sed lo ha traído á la jaula atado.”

“Pues nuestro Hermano Filiberto y el Padre Martín tienen preparada una cosa que vale mucho más”, dijo Ignacio que se había acercado al grupo que estaba delante de la jaula del cóndor. “Han cogido un centenar de Chiriguanos salvajes.”

“¿Dónde están?” gritaron una docena de voces de niños.

“Venid conmigo y os los enseñaré. Pero habéis de saludarlos como á hermanos, pues casi lo son ya, y no tardará el Padre Martín en hacer que lo sean del todo.”

Entre tanto casi todos los hermanos de religión del Padre Martín se habían reunido en tono de él, que era el más anciano de todos, el cual los recibió con el mayor amor. El anciano misionero

no quiso por lo pronto turbar la alegría de sus hermanos al verse reunidos, pero al fin no podía menos de hablarles de la proposición de Don Pedro.

El Padre Almenas, superior de la misión y español de noble familia, no se mostró en maneja alguna sorprendido por la noticia que les daba el Padre Martín. “Amados hermanos”, les dijo, “temo que nos amenaza la más dura prueba entre todas las que podemos soportar en la vida. Con razón teme nuestro venerable Padre Martín, que la expedición contra los Chiriguano sólo sea un pretexto para privarnos del auxilio de nuestros cristianos. Hoy mismo he tenido noticias de Santa Cruz por un mensajero. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Nos quieren lanzar violentamente de nuestras misiones.”

Fácil es imaginar la impresión que esta noticia produciría entre los misioneros, que habían dedicado toda su vida á fundar aquellas misiones. Algunos lloraban como niños, otros hicieron diferentes proposiciones: elevar y dirigir súplicas al arzobispo de Lima, al rey, al Papa, para que se compadecieran de los infelices indios, pues todos convenían en que la expulsión de los misioneros era la destrucción de las misiones tan florecientes á la sazón. Pero el Padre Almenas dijo que sospechaba que el capitán español tenía orden del virrey de cumplir inmediatamente el decreto. Entonces preguntaron algunos de los misioneros más jóvenes, si no sería lícito oponerse con la fuerza á la violencia; pero esta proposición fue rechazada por el superior y por la mayor parte de los Padres, pues los indios eran súbditos españoles y no podían rebelarse contra los mandatos del rey, aun en el caso de que éstos fueran injustos. “Debemos hacer todo lo posible para disuadirlos de dar este paso”, dijo el superior. “Estamos obligados á dar ejemplo de obediencia, siguiendo á nuestro modelo Jesucristo que fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, imitando á los primeros cristianos que prefirieron ir al martirio y á la muerte, antes que rebelarse contra sus tiranos.”

Entonces el Padre Martín refirió su conversación con el caudillo Yago, y preguntó si sería lícito sustraerse con los indios á la violencia de los españoles yendo á fundar nuevas aldeas de cristianos en las profundidades de los bosques. Cien veces prefería dedicar los últimos años de su vida á esta penosa obra antes que abandonar á sus hijos. Esta proposición fue examinada muy detenidamente, pues si bien tenía en su favor poderosas razones, ofrecía muy graves dificultades. El superior no se atrevió á decidir en aquel momento, y quiso encomendar á Dios este asunto, diciendo á todos los sacerdotes que al día siguiente ofrecieran el santo sacrificio de la Misa con la intención de que les fuera conocida la voluntad de Dios y de que esta prueba contribuyera á su mayor honor.

Mientras los misioneros se hallaban reunidos deliberando en la sala rectoral, se habían congregado también los caudillos de las diferentes aldeas juntamente con el padre de Ignacio, que era el caudillo de San José, para resolver lo que habían de hacer. Yago dio noticia á sus compañeros de los propósitos de los españoles. Grande fué la indignación de todos ellos. “¡Quieren arrebatarlos á nuestros padres!” “¡Quieren reducirnos á la esclavitud!” “¡Son ladrones y salteadores!” “Esto no podemos consentirlo!” “¡Antes morir que sacar de la tierra plata para ellos!” Tales fueron los gritos que salían de todos los pechos, hasta que fue posible hablar con más tranquilidad. Después que cada uno hubo expuesto su opinión, todos acordaron por unanimidad las siguientes resoluciones: 1^a no pelear contra los Chiriguano; 2^a oponerse con la fuerza á la expulsión de sus amados padres; 3^a detener á los españoles que allí se hallaban tan pronto como pasara la fiesta, y amenazarles con la muerte si llegaban á tocar á alguno de los misioneros; 4^a mantener en secreto estos acuerdos hasta después de la fiesta, á fin de que no se impidiera la procesión.

“Quieren lanzarnos contra los Chiriguano para poder ellos obrar sin obstáculos”, dijo Yago. “Antes me uniría con los Chiriguano que han venido á la fiesta, y con sus hermanos, y los dos pueblos unidos pelearíamos contra los españoles. Tan pronto como se acabe la fiesta, iremos algunos de nosotros con la mitad de nuestros guerreros á ocupar los caminos que conducen á Santa Cruz. Y si fuéramos vencidos en la lucha, lo que no creo, llevaríamos á nuestros padres y nuestros altares y el órgano y todos los instrumentos á los grandes bosques hacia el oriente,

adonde los españoles no pudieran seguirnos con sus caballos y escopetas. ¡Antes morir que ser bestias de carga de los españoles!”

“Yago tiene razón. Sea pues nuestro caudillo. ¡Antes morir que perder á nuestros padres y convertírnos en esclavos!” Ésta fué la unánime resolución de los Chiquitos.

La luna se mostraba en el claro cielo y alumbraba á centenares de activas manos que se dedicaban á la piadosa obra de adornar las calles por donde había de pasar el Salvador. Desde el próximo bosque traían los jóvenes largas cadenas de lianas en flor que habían cortado de las copas de los árboles desde donde llegaban hasta el suelo, y grandes manojos de gigantescas hojas y flores, como sólo en los trópicos se crían. Las mujeres y los niños hacían con ellas ramas y guirnalda con que cubrían los arcos de triunfo y los altares y orlaban los caminos por ambas partes con enredaderas como con guirnalda naturales. Ignacio trajo con ayuda de otros niños las jaulas pequeñas de los lindos pajarillos de colores, y otras mayores con animales de todo género, y las colgaron en los arcos y en postes en toda la extensión de la carrera.

El Padre Martín iba y venía entre sus atareados hijos y celebraban su actividad y su buen gusto. “Pero ¡ah! Ésta será la última fiesta del *Corpus*, el último día feliz que pasaré con mis hijos.” Así exclamó, mas procuró no descubrir en su rostro la gran aflicción que oprimía su corazón. Á la hora de media noche ya estaban terminados los preparativos, y envió á los indios á sus casas. “Id, hijos míos”, les dijo, “id á descansar para que mañana estéis dispuestos y podáis alegraros con los ángeles del cielo del triunfo de nuestro amado Salvador.”

Todos le obedecieron, pero él se dirigió á la iglesia y oró delante del tabernáculo hasta que llegó la hora de decir Misa. El tema de su oración fueron las palabras del Señor en el Huerto de las Olivas: “Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz: mas no se haga mi voluntad sino la tuya.”

II.- La procesión

MUCHO antes de la salida del sol se veía llena de fieles la iglesia de San José. Los sacerdotes decían Misa uno después de otros, confesaban á los penitentes y les daban el Pan de los ángeles. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par, pues la multitud de indios que habían acudido de las otras aldeas, á los cuales los habitantes de San José cedían el paso en cuanto era posible, no cabía en ella. El Padre Martín tuvo que rogar amistosamente á los indios que ocupaban la iglesia, que al fin de cada Misa se salieran para dejar sitio á los demás. Así alrededor de la iglesia y delante de la casa del misionero era incesante el movimiento de la multitud.

Don Pedro, que había tardado mucho en conciliar el sueño aquella noche, se levantó muy de mañana. Estaba de mal humor, y le sentó muy mal que el alcalde le recordara la obligación que tenía de ir á Misa. La noche anterior habían presenciado desde la ventana el alegre movimiento de los indios adornando las calles á la luz de la luna. El alcalde le había rogado á Don Pedro que no dijera nada del mandato del virrey. “Temo”, decía, “que esta multitud de indios nos hagan pedazos cuando se enteren de que queremos quitarles á sus padres. Su infantil alegría se convertirá en cólera contras los que vienen á turbarles su gozo, y tanto como es el amor que tienen á sus padres, será el odio con que se vuelvan contra nosotros.” Don Pedro había echado en cara al alcalde su benignidad y su falta de ánimo; pero allá en sus adentros le daba la razón y decía: “¿Qué provecho saco yo de la ejecución de esta orden? De los tesoros de los misioneros de que tan fabulosamente me hablaron, no hay nada. En los escasos vasos sagrados no me atrevo á poner las manos. De los ricos yacimientos de oro, no hay ni señales. Creo que mi sobrino me ha dicho la verdad. Pero he aceptado este encargo y debo cumplirlo hasta el fin, aunque me cueste la vida. Así lo exige mi honor. Por otra parte no creo que los misioneros se nieguen á prestarme auxilio contra los Chiriguanos. Tan pronto como accedan, llamaré á López con mis jinetes, y cuando él con los guerreros se haya marchado, de grado ó por fuerza los misioneros habrán de seguirnos para dejar el país. En suma, todo saldrá á medida de mi deseo, y el virrey premiará mis buenos servicios.” Así procuraba cobrar ánimo el capitán español.

La luna se había puesto una hora antes de amanecer, y la aldea se hallaba sumergida en la más profunda obscuridad. Sin embargo el ruido en las calles era cada vez más intenso. Sin dar gritos, pero con el alegre murmullo de una gran multitud que corría presurosa á la alegre fiesta, los indios de las diferentes aldeas, hombres, mujeres y niños, formando grupos, se reunían en el lugar convenido de antemano. Los caudillos de las aldeas mostraban á cada uno su puesto y distribuían entre la multitud banderitas de varios tamaños, cruces, escudos y signos de todo género. Grandes y pequeños querían llevar en la procesión algún objeto con que dar testimonio de su alegría, por lo menos alguna hermosa flor ó algún abanico de helecho que pudiera ser tremolado á modo de bandera.

Las primeras luces del crepúsculo en los bosques de oriente anunciaron por fin la venida del día. Las campanas hicieron una breve señal, y todo el mundo se puso en movimiento. El crepúsculo en los trópicos sólo dura algunos minutos, y la procesión debía empezar á la salida del sol; más tarde el calor habría hecho penosa la procesión aun para los indios.

Al oír el primer toque de la campana saltó del lecho José Gómez. “¿Por qué no me has despertado antes?” dijo dirigiéndose á su tío. “Ya sabes que quiero ir en la procesión, y tú mismo debieras tributar este honor al Salvador.”

“Apresúrate, y todavía llegarás á tiempo”, contestó Don Pedro. “Lo menos tardará una hora en ordenarse la multitud.”

“En efecto, Don Pedro, vuestro sobrino tiene razón”, dijo el alcalde. “Debemos ir en la procesión. Nuestra presencia será de muy buen efecto entre los indios, lo cual no debemos sentir, pues sus simpatías pueden convenirnos mucho.”

“Id pues con el niño, y procurad ganaros las simpatías de los indios, prudente alcalde”, contestó Don Pedro en tono de burla. “Yo veré la procesión desde la ventana, y de esta suerte podré apreciar mejor el número de hombres capaces de tomar las armas, pues casi todo el pueblo de los Chiquitos se ha reunido aquí. Las simpatías de estos indios me importan poco. Antes prefiero inspirarles temor.”

“¿Con qué objeto, si son tan buenos y tan confiados?”

“Veremos si esto no se pasa pronto.”

“Sí, tan pronto como intentéis arrebatarles sus misioneros”, dijo José. “Pero yo creía haberte convencido ayer de que yo debía ir á Lima á pedir la revocación de este malhadado decreto. Yo referiré al virrey todo lo que hemos visto aquí, de tal manera que él deje para siempre á los indios sus buenos padres.”

“Eso es: tú eres hombre capaz de variar el curso de la historia del mundo”, dijo burlándose Don Pedro. “Pero si habéis de ir en la procesión, ya es hora de que salgáis. En verdad estos caudillos ponen en orden la multitud antes de lo que yo pensaba.”

Cuando José salió con el alcalde de la casa del misionero, apuntaba ya el sol, y los acordes del órgano en la próxima iglesia anunciaban el principio de la fiesta. “Quedémonos aquí”, dijo el alcalde, “hasta que los sacerdotes salgan de la iglesia con el Santísimo Sacramento, y nos colocaremos detrás del palio, que es el lugar que nos corresponde.”

Por la puerta, abierta de par en par, veían el altar mayor iluminado por la multitud de cirios. El superior de la misión, asistido de los dos misioneros más ancianos, ó sea del Padre Martín y del misionero de San Rafael, revestidos con los ornamentos sagrados, se acercó á la grada que había delante del altar y abrió el tabernáculo. Nubes de incienso se elevaron en el espacio, y al toque de las campanillas todos cayeron de rodillas adorando al que es Pan de los ángeles. Los brillantes sonidos del órgano se convirtieron en un suave preludeo, y un coro de niños cantó el magnífico himno al Santísimo Sacramento: *O salutaris hostia*. El alcalde, que se había arrodillado junto al niño, no pudo contener las lágrimas; ni aun el mismo Don Pedro que se hallaba asomado á la ventana pudo sustraerse del todo á la impresión que aquella escena producía. Terminado el cántico, empezó á salir la procesión por la puerta lateral. Los indios, de dos en dos, se arrodillaban delante del Santísimo que todavía estaba sobre el altar, y después de hacer una profunda inclinación se dirigían á la puerta donde se hallaban el que llevaba la cruz y un robusto indio con un gigantesco estandarte, los cuales iban á la cabeza del procesión. Seguíanles dos largas filas de niñas, vestidas con sus camisas blancas recién lavadas, único vestido que poseían aquellos pobres hijos de las selvas. Iban con los pies descalzos, sin más adorno que una guirnalda de flores en la suelta cabellera negra. Pero sus oscuros ojos centelleaban de alegría, y sus manos llevaban pequeñas banderitas ó flores ú hojas de árboles. Algunas mujeres ancianas, que iban entre las filas, mantenían el orden, pues en ellas habría sido fácil que las niñas se hubieran detenido delante del primer arco de triunfo para admirar los preciosos colibríes de las jaulas, cuyas variadas plumas brillaban y centelleaban á los rayos del sol. Algunas de las niñas más pequeñas al verlos batían palmas de alegría, mientras que las mayores, que modestamente iban en las filas, rezaban el rosario ó entonaban canciones alternativamente. Después de las niñas seguían las doncellas, y luego las ya mujeres de las diferentes aldeas, tardando como una media hora en salir de la iglesia á las adornadas calles, antes que empezara la parte principal de la procesión.

Las últimas mujeres pasaban en aquel momento por delante del altar. Seguíanlas la música de los indios, compuesta de los mejores tocadores de tambor, de flauta y de violín de las diferentes aldeas. El Padre Martín había enseñado á todos estos músicos, y les había construido los

instrumentos, y la música era el orgullo de todo el pueblo de los Chiquitos. Claro es que la música había de contribuir á la mayor solemnidad de la carrera triunfal del Salvador. Hasta entonces había tocado el órgano en la iglesia. Pero en el momento en que el Santísimo Sacramento bajó del altar, y los sacerdotes que lo llevaban se colocaron debajo del dosel, los tambores y trompetas empezaron á tocar una marcha triunfal, y gritos de júbilo salieron de todas las filas. Sin duda alguna honraban al Salvador estas expansiones de júbilo de un pueblo inocente tanto como sus cánticos y oraciones; el angustioso rugido del puma, que espantado saltaba entre las paredes de su jaula, y el salvaje gritar de los pintados papagayos sujetos á los arcos de triunfo, aumentaban la alegría de los indios.

Delante del baldaquino esparcían flores algunos jóvenes, y otros, los más apuestos, bailaban alternativamente danzas sagradas, como David delante del Arca de la alianza. Estas danzas no llamaron la atención de los españoles, pues todavía están en uso en España, especialmente en la procesión del *Corpus*. Los que ejecutaban estas danzas, ricamente ataviados, procuraban mostrar con sus actitudes gratitud, amor, respeto y adoración al Santísimo Sacramento. Estos danzadores se habían adornado según el gusto de cada uno con los más brillantes alas de dorados insectos les sujetaba el ondeante manto; cubrían sus espaldas pieles de jaguar, y en la cabeza llevaba una corona de plumas las más raras y hermosas, que resplandecían al sol con metálicos reflejos. Sus movimientos eran graves y solemnes, siguiendo el compás de la música, y á cada giro rendían las armas ante el Santísimo Sacramento, que rodeado de nubes de incienso era conducido triunfalmente en la custodia por las calles de la aldea.

“Ven ahora”, dijo á José Gómez el alcalde, conmovido á la vista del magnífico y bien ordenado espectáculo, que de ningún modo esperaba él admirar en aquel pueblo de salvajes recién convertidos, y ambos españoles se colocaron detrás del grupo de los sacerdotes. Los caudillos que iban siguiendo al baldaquino, les cedieron de buen grado este puesto de honor, y fue ostensible la buena impresión que produjo entre los indios este acto de culto de los dos españoles. Uno de los caudillos dijo en voz baja al que estaba á su lado: “¿Por qué no vendrá el de la barba negra? Allí está en la ventana mirándonos como el jaguar que junto al árbol está acechando su presa, pero...” Una mirada del caudillo Yago hizo callar á los dos interlocutores, y la procesión recorrió la plaza de la aldea y las adornadas calles, con un orden que hubiera honrado á cualquier pueblo culto, por más que no faltara algún detalle propio de aquellos inocentes hijos de las selvas que á nosotros nos habría parecido cómico.

La última parte de aquella extraordinaria procesión fué la más interesante para Don Pedro. Con ojos escrutadores examinaba los centenares de niños y de jóvenes, y se decía á sí mismo: “¿Por qué han de ser educados en la pereza estos jóvenes salvajes? Toda su ocupación consiste en cultivar el campo que el misionero les señala. Ya es tiempo que cese tal estado de cosas. Estos jóvenes deben ser utilizados en los sucesivos en las plantaciones y en las minas de la Corona en vez de trabajar aquí poco y á su capricho y de representar comedias piadosas.” Así decía el orgulloso español. Mas cuando llegaron á pasar las largas filas de hombres con sus abigarradas coronas de plumas, sus arcos y sus flechas, cantando y orando y á veces danzando y saltando, añadía: “Saltad y danzad ahora, que no tardarán en ser empleados vuestros músculos de un modo más útil. En verdad creo que habrá aquí reunidos más de seis mil hombres, con los cuales sería fácil sujetar á la canalla de los Chiriguano. Es cosa de pensar en emprender efectivamente esta guerra, que hasta ahora sólo ha sido un pretexto. Si lograra la sumisión de estos molestos indios, de seguro me honraría mucho el virrey y me recompensaría ricamente.”

Los Chiriguano que el Hermano Filiberto había conducido á la fiesta, contemplaban la procesión desde el otro lado de la plaza con la boca abierta. El Hermano Filiberto les explicó lo más esencial, y ellos veían y oían como se hubieran sido transportados á otro mundo, sin poder menos de hacer signos de admiración y de dar gritos de alegría. Por fin dijo el caudillo al Hermano Filiberto: “¡Oye, tocador! Vosotros sois sin duda encantadores. Si habéis hecho á los Chiquitos tan hábiles y felices, ¿qué no haríais con nosotros, que somos más dispuestos y más valientes que ellos? Queremos quedarnos con vosotros, para que nos enseñéis á hacer casa y á tocar los violines y á redoblar los tambores y á hacer sonar las flautas.” Y para confirmar en cierto modo

esta resolución, los Chiriguanos se agregaron á los Chiquitos formando el último grupo de la procesión, que daba un amplio rodeo en torno de la aldea, haciendo paradas en los cuatro altares dispuestos al efecto en la carrera.

Ya estaba el sol muy alto en el horizonte cuando el variado cortejo entró en la iglesia con el mismo orden que había salido. Serían las nueve de la mañana cuando empezó la solemne Misa, con que se daba digno remate á la fiesta... por desdicha la última de este género que habían de ver los Chiquitos.

12.- Triste fin de fiesta

EL Padre Marín había convidado á su modesta mesa á todos los demás religiosos, sus hermanos, y, como era natural, fueron invitados también los tres españoles. La mesa había sido puesta en la galería exterior de la casa del misionero, donde los copudos árboles suavizaban los rayos del sol, y donde el ambiente era más agradable que en las habitaciones interiores. Tortas de maíz y como plato de fiesta algunas piezas de caza fueron presentados por Ignacio en platos y tablas. Lo que más gustó á los españoles fueron las palomas torcaces, aunque estaban algo duras; pero los grandes trozos de pecari asado, que es el jabalí de la América del Sur, ni siquiera los probaron, pues su carne era demasiado grasa. En cambio fueron muy alabados los maduros frutos del papayo y los melones y el suave ananas.

Los convidados en verdad no sabían de qué hablar, pues estaban como cohibido por el aspecto frío y sospechoso de Don Pedro, cuyas intenciones les eran conocidas, por más que el alcalde no se cansaba de celebrar la magnífica procesión. Tan pronto como hubo ocasión, se levantó el superior, dio gracias, y quiso despedirse de los españoles, pues por la tarde él y la mayor parte de los religiosos debían regresar con sus respectivos indios á las aldeas de los bosques vecinos.

Entonces dijo Don Pedro con ademán resuelto: “Antes que los que aquí se hallan reunidos, regresen á sus respectivos pueblos, debo aprovechar esta ocasión para darles cuenta del encargo que he recibido de Su Alteza el virrey del Perú.” Y en pocas palabras exigió que los misioneros mandasen á los Chiquitos, cuyo poder acababa de admirar, salir con todo su ejército á conseguir la completa sumisión de los Chiriguanos.

“Esperamos someterlos sin necesidad de guerra, y convertirlos en tan buenos cristianos y tan excelentes súbditos de Su Majestad como los Chiquitos, si no se ponen obstáculos á nuestro apostólico ministerio”, respondió tranquilamente el Padre Almenas. “Después de la Misa uno de los primeros caudillos de este pueblo guerrero se dirigió á mí solicitando ser instruido en nuestras artes, mostrándose dispuesto á persuadir á los de su estirpe á establecer una colonia según el modelo de esta nuestra aldea de indios; y diciendo que así como nosotros hemos proporcionado tan gran adelanto á los Chiquitos, así no tardarán ellos en aprender á ser pacíficos labradores y buenos cristianos, según hemos visto hoy con consuelo y alegría.”

“Quizás tengáis razón. No puedo menos de reconocer que poseéis en alto grado el don de refrenar á esta canalla de salvajes”, respondió Don Pedro. “Pero ¿qué provecho se sigue de todo esto á Su Majestad y á vosotros los españoles? Ninguno á casi ninguno. Ni siquiera dejáis á los indios comerciar con nosotros, ni trabajar en las minas de plata de la Corona. Esto no puede seguir así.”

“Nuestros católicos soberanos siempre ha preferido el bien espiritual de los indios al provecho material de la Corona; por esta razón han sustraído á los indios á la violencia y á la avaricia de...”

“De los empleados como nosotros, queréis decir”, interrumpió coléricamente el español á las tranquilas palabras del sacerdote. “¡El bien espiritual! ¡Como si no fuera en ello también vuestro particular interés! Todo lo cual se encubre naturalmente bajo el nombre del rey! Ahora se verá hasta dónde llega vuestra obediencia.” Y diciendo esto sacó un escrito de su bolsillo interior.

“¿Tenéis que comunicarnos alguna orden de Su Majestad? Todos la oiremos respetuosamente”, dijo tranquilamente el superior.

“Y la obedeceréis sin resistencia”, añadió el español, leyendo el decreto del ministro Aranda en que se mandaba que todos los miembros de la Compañía de Jesús salieran

inmediatamente de las posesiones de España, y la orden del virrey del Perú encomendando á Don Pedro Gómez y Silva el cumplimiento de este decreto en el territorio de las misiones de los Chiquitos.

Esta orden, tan injusta como cruel para con los misioneros y con los indios, de un ministro enemigo de la Iglesia, aunque no sorprendió á los religiosos, no pudo menos de desgarrarles el corazón. “¡Pobres de nuestros indios!” “Dios perdone á los culpables de tan gran crimen.” “Y á todos los que contribuyen á su ejecución.” “Nos condenan al destierro.” “¡Dios nos dé fortaleza para soportar esta cruz!” “Y para perdonar á nuestros enemigos, siguiendo el ejemplo de nuestro Salvador.”

Tales eran las exclamaciones de los misioneros, que no podían contener la primera explosión de su dolor. Lágrimas encendidas se deslizaban por sus semblantes pálidos de espanto, y más de un sacerdote encanecido en penosos trabajos sollozaba como un niño. El mismo alcalde, no pudiendo menos de conmovirse á la vista de aquella escena de lágrimas, dijo á Don Pedro que aplazara el cumplimiento del funesto decreto hasta pedir y recibir nuevas instrucciones del virrey José, fuera de sí de dolor, se había postrado á los pies de su tío conjurándole con las manos levantadas en alto que siguiera el consejo del alcalde.

Seguían todos hablando con la mayor excitación cuando centenares de indios rodearon el jardín y la casa del misionero. Ignacio, que había servido la mesa, oyó al capitán español publicar el decreto de destierro de los misioneros. Como este joven entendía suficientemente el español, su padre y Yago le habían dado el encargo de prestar atención á lo que decía “el de la barba negra”, pues desde el principio desconfiaban de él, y más todavía cuando vieron que no había ido en la procesión. Apenas oyó Ignacio que el español les quería privar de sus amados Padres, corrió á la casa de su padre, que estaba muy próxima á la del misionero, donde los caudillos se hallaban reunidos celebrando un banquete, y gritó diciendo: “¡Socorro, socorro! El de la barba negra quiere quitarnos á nuestros Padres y enviarnos á trabajar á las minas.”

Yago, que en aquel momento tenía en la mano una copa de jugo de palmera fermentado, con que iba á obsequiar á sus compañeros, la arrojó sobre la mesa haciéndola pedazos y gritó: ¡Ya sabéis lo que os tengo dicho; éste es el momento de obrar, hermanos!”

“Vamos, pues, en busca de nuestros mejores guerreros. Cerquemos en un momento la casa del misionero y apoderémonos del de la barba negra. Estos españoles siempre han atentado contra nuestra libertad”, añadió otro caudillo.

“Sí, retengamos en rehenes al español y á sus compañeros. Esto es cosa fácil. Pero es mucho más importante que con todas nuestras fuerzas tomemos sin perder ni un momento, todos los caminos del bosque que conducen á Santa Cruz. No creo que el de la barba negra se atreviera á notificar á nuestros Padres esta orden del gran caudillo de Lima, sin tener cerca á sus jinetes. Juan, sal tú con nuestros guerreros hacia occidente, que nosotros solo haremos aquí lo demás.”

Todos asintieron, y mientras Juan enviaba mensajeros por toda la aldea para reunir á los hombres de armas, los caudillos conducidos por Yago fueron á la casa del misionero. La noticia cundió por la aldea con la rapidez del rayo. “¡Quieren quitarnos á nuestros Padres! El barba negra nos ha entregado á los españoles.” Y sin necesidad de que los caudillos excitaran á la multitud, centenares de indios cercaron la galería donde se hallaban los misioneros, aun no repuestos de la primera impresión que les había causado el cruel decreto con que el ministro Aranda les había desgarrado el corazón.

Los gritos y lamentos de la multitud que por todas partes los rodeaba, les hicieron volver en sí, y viendo el Padre Almenas que entre los indios que lloraban, había muchos que levantaban los puños amenazando al español, dijo: “Es nuestra obligación apaciguar á la multitud. Ninguno se atreva á tocar siquiera al mensajero del rey, por cruel que nos parezca el decreto. Padre Martín, Vos tenéis sobre el pueblo mayo influjo que ninguno de nosotros, pues Vos les habéis dado más

pruebas de amor que los demás. Hablad, pues, á vuestros hijos. Nosotros debemos darles el ejemplo de la obediencia de los primeros cristianos, que con tal de no pecar se sometían aun á las más injustas leyes.”

El Padre Martín salió al encuentro de los caudillos que se dirigían al grupo de misioneros, mientras que el Padre Almenas y los demás religiosos protegían á los españoles colocándolos en el centro del grupo. “Nos van á hacer pedazos”, decía el alcalde pálido de espanto á Don Pedro, á quien también empezaba á flaquear el ánimo á la vista de la enfurecida multitud.

Yago no había entendido estas palabras, pero comprendió su significado. “Tranquilizad á vuestros huéspedes”, dijo al Padre Martín. “Al niño y al caudillo de Santa Cruz los amamos: han hecho oración juntamente con nosotros hoy por la mañana. Ni siquiera el de la barba negra recibirá daño alguno si tú así lo deseas. Pero te digo á ti y á tus hermanos, que no consentiremos que partáis. Estamos resueltos á oponernos con la fuerza á la violencia de los españoles. Ya han salido nuestros guerreros hacia occidente á tomar los caminos del bosque. Nuestros vecinos los Mojos nos tienden la mano, y también el caudillo de los Chiriguano; y así con poco esfuerzo no sólo os defenderemos á nosotros mismo, sino que lanzaremos á los españoles á las altas montañas. Esto es lo que debe decir el caudillo de Santa Cruz al gran caudillo de Lima. Entre tanto el barba negra quedará en nuestro poder, y si alguno de nuestros padres recibe aún el más leve daño, pagará con la vida. Esto es, amados Padres, lo que tengo que deciros en nombre de mis hermanos.”

Las palabras de Yago fueron recibidas por los indios con atronadores aplausos, y no costó poco trabajo al Padre Martín y á los demás religiosos convencerles de que, movido de un amor mal entendido hacia ellos, tramaban una punible rebelión. “Está bien”, dijo Yago. “Si no queréis que luchemos contra el gran caudillo de Lima, venid con nosotros á los bosques de oriente. Esto no sería rebelión; pues tú mismo nos has referido que el pueblo de Dios, dirigido por Moisés, salió del país en que eran reducidos á la esclavitud.”

“Pero ¿quién nos proveerá de vino en los bosques del oriente?” preguntó el Padre Martín. “Ya sabéis que sin vino no podemos celebrar la santa Misa, y que sin celebrar la Misa no podemos administrarnos el Pan de los ángeles, ni el Salvador habitaría entre nosotros bajo la forma de la sagrada hostia, ni podría ser llevado en triunfo por nuestras aldeas, como ha sido hoy llevado en ésta. Si no vivimos en paz con los españoles, careceremos de vino con que celebrar la Misa. Ahora bien, amados hijos: ¿qué es mejor, que os quedéis en los bosques sin nuestro Salvador, ó que viváis sin nosotros?”

Esta razón era más accesible á la inteligencia de los indios que no una larga explicación de los deberes propios de los súbditos cristianos. Yago dijo por último: “Tienes razón, Padre. El Salvador es todavía mejor que vosotros. Pero”, añadió, “si vosotros os vais, ¿cómo permanecerá con nosotros el Salvador bajo la forma del Pan de los ángeles?”

“Muy discreta es tu observación”, repuso el misionero. “Si no hubiera sacerdotes, sería imposible. Pero además de nosotros hay otros sacerdotes, y mejores y más santos que nosotros. Así deberéis decir al gran caudillo de Lima, que sólo nos dejaréis partir si él os envía otros Padres que en nuestro lugar conviertan el pan y el vino en el cuerpo y sangre del Salvador, y que os amen como nosotros os hemos amado. Esto es lo que el alcalde debe decir al virrey.”

“¡Ah! como vosotros nos habéis amado, ninguno nos amará”, suspiró el caudillo. “Pero, pues que tú dices que nuestra oposición afligirá tu corazón y el de tus hermanos, no haremos la guerra á los españoles ni nos refugiaremos en los bosques; y si el caudillo de Santa Cruz nos trae otros Padres, vosotros podréis partir, pero nuestro corazón irá con vosotros.”

No todos los caudillos estaban igualmente dispuestos á seguir la opinión de Yago; pero el Padre Martín y todos los demás Padres la apoyaron resueltamente, y como última prueba de amor y gratitud les exigieron que se sometieran á las órdenes del rey, lo que por último lograron conseguir, juntamente con la libertad de Don Pedro.

Con angustiosa inquietud esperaban los españoles el término de aquella tempestuosa deliberación, pues aunque no entendían la lengua de los indios veían la cólera que se manifestaba en los ojos de muchos. Don Pedro creyó llegada su última hora. Así cuando el Padre Martín le anunció el feliz resultado final fué muy grande su admiración y su sorpresa.

“Os debo la vida”, dijo Don Pedro besando la mano del anciano sacerdote. “Diré al virrey que vuestra heroica obediencia ha impedido felizmente un guerra sangrienta en que probablemente seríamos vencidos por los indios. Le suplicaré que revoque el decreto de destierro en favor de estas misiones ó que lo suspenda indefinidamente, hasta que se pueda reparar el daño de otro modo.

“Y yo procuraré con todas mis fuerzas que los Chiquitos conserven siempre la libertad. No es justo que estas comunidades de cristianos se despueblen y deshagan en provecho de nuestras plantaciones y de nuestras minas de plata”, añadió el alcalde de Santa Cruz.

El sobrino de Don Pedro esperaba todavía que el virrey dejase en paz á los religiosos. “Yo le referiré la magnífica procesión del día del *Corpus*, y el culto que dan á Dios, y la infantil piedad de estos indios, y no podrá menos de conmovirse”, dijo llorando el joven.

El Padre Martín se sonrió tristemente, pues no abrigaba esperanza ninguna. La orden procedía de Madrid y debía ser ejecutada en Lima. Por la tarde, antes de separarse, el joven José Gómez declaró al Padre Martín su firme propósito de hacerse misionero. “Desde mi niñez”, dijo, “me sentía con vocación al sacerdocio, hasta que fuí expulsado del colegio, ya sabéis por qué. Desde entonces, poseído de necio rencor, no quise volver á pensar en mi vocación. Pero la angustia mortal que experimenté á la vista del peligro al atravesar la garganta de la montaña, me llamó dentro y me hizo volver á mejor acuerdo. Después, lo que he visto aquí, me ha impresionado profundamente. Hoy durante la procesión no ha cesado de decirme el Salvador: Sigue el ejemplo de mis siervos que por mi amor se consagran á la salvación de estos sencillos indios. Después, al ver vuestra obediencia, he resuelto dedicar mi vida á ejemplo vuestro á Dios y al bien espiritual de estos pobres Chiquitos. Ahora, Padre bendecidme y rogad por mí, para que yo sea un buen operario en la obra que Vos habéis comenzado.”

Con lágrimas de santa emoción el anciano bendijo al joven. “¡Oh Dios mío! Dijo, “gracias te doy por este consuelo. Con esto me muestras que enviarás nuevos operarios á tu viña cuando sea tu voluntad que nosotros nos apartemos de aquí.”



Con lágrimas de santa emoción el anciano
bendijo al joven.
(Chiquitos, pág.99)

* * *

Al otro día los españoles salían á caballo de la aldea de San José, no sin que el joven hubiera renovado su propósito ante el sepulcro del Padre Arx, fundador de la misión de los Chiquitos. Sus súplicas al virrey de Lima por la permanencia de los misioneros no produjeron resultado ninguno; pero fueron enviados á los Chiquitos otros misioneros á cuya solicitud confiaron los jesuitas las siete grandes aldeas. En el otoño del mismo año vinieron empleados españoles con soldados y condujeron al destierro á los antiguos misioneros. Don Pedro había pedido al virrey que le relevara de esta comisión. “No puedo presenciar esta desgracia”, decía. “Antes prefiero dejar ni empleo.” Su sobrino había vuelto á reanudar sus estudios y se disponía á seguir resueltamente su elevada vocación. Cuando en el próximo mes de junio tocó en el puerto de Lima el barco procedente de Arica que conducía á los misioneros desterrados, el joven fué á bordo de él para recibir de nuevo la bendición del Padre Martín y para prometerle que tan pronto como fuera sacerdote, se volvería al país de los Chiquitos.

“Si es ésta la voluntad de Dios”, dijo el anciano misionero; “pero sea allí, sea en otro lugar, dígnese el Señor bendecir tu trabajo.”

El Padre Martín Schmid llegó á su hermosa patria, pero poco después murió, el 10 de marzo de 1772, en Lucerna, á los setenta y ocho años de edad. Sus últimos suspiros y oraciones fueron por sus hijos, los indios Chiquitos.

Dios permitió en sus inescrutables designios que el infierno triunfara, y que la obra de este misionero y de sus hermanos fuera en su mayor parte destruída. Los nuevos misioneros no lograron ganar el corazón de los indios. La mayor parte de éstos se habían vuelto á los bosques cuando el joven sacerdote José Gómez volvió á ver el lugar donde diez años antes había resuelto en la última gran procesión del *Corpus* de los Chiquitos hacerse misionero. El espectáculo era desconsolador para un joven mensajero de la fe; pero se acordó de que no el éxito, que está en manos de Dios, sino la recta intención y el sacrificio son recompensados en el cielo. “El Padre Martín y su compañeros han recibido su recompensa, aunque su obra haya sido destruída”: este pensamiento le inspiró fortaleza para perseverar en su vocación. Tuvo la dicha de encontrar á

Ignacio y de reunir una reducida comunidad de cristianos entre los cuales trabajó hasta que el Señor se dignó llamarle á la eterna recompensa.

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz-Bolivia